

GLOSSAE

European Journal of Legal History



ISSN 2255-2707

Edited by

Institute for Social, Political and Legal Studies
(Valencia, Spain)

Honorary Chief Editor

Antonio Pérez Martín, University of Murcia

Chief Editor

Aniceto Masferrer, University of Valencia

Assistant Chief Editors

Wim Decock, University of Leuven

Juan A. Obarrio Moreno, University of Valencia

Editorial Board

Isabel Ramos Vázquez, University of Jaén (Secretary)

José Franco-Chasán, University of Augsburg

Fernando Hernández Fradejas, University of Valladolid

Anna Taitslin, Australian National University – University of Canberra

M.C. Mirow, Florida International University

José Miguel Piquer, University of Valencia

Andrew Simpson, University of Aberdeen

International Advisory Board

Javier Alvarado Planas, UNED; Juan Baró Pazos, University of Cantabria; Mary Sarah Bilder, Boston College; Orazio Condorelli, University of Catania; Emanuele Conte, University of Rome III; Daniel R. Coquillette, Boston College – Harvard University; Serge Dauchy, University of Lille; Salustiano de Dios, University of Salamanca; José Domingues, University of Lusíada; Seán Patrick Donlan, The University of the South Pacific; Matthew Dyson, University of Oxford; Antonio Fernández de Buján, University Autónoma de Madrid; Remedios Ferrero, University of Valencia; Manuel Gutan, Lucian Blaga University of Sibiu; Alejandro Guzmán Brito, Pontifical Catholic University of Valparaíso; Jan Hallebeek, VU University Amsterdam; Dirk Heirbaut, Ghent University; Richard Helmholz, University of Chicago; David Ibbetson, University of Cambridge; Emily Kadens, University of Northwestern; Mia Korpiola, University of Turku; Pia Letto-Vanamo, University of Helsinki; David Lieberman, University of California at Berkeley; Jose María Llanos Pitarch, University of Valencia; Marju Luts-Sootak, University of Tartu; Magdalena Martínez Almira, University of Alicante; Pascual Marzal Rodríguez, University of Valencia; Dag Michaelsen, University of Oslo; María Asunción Mollá Nebot, University of Valencia; Emma; Montanos Ferrín, University of La Coruña; Olivier Moréteau, Louisiana State University; John Finlay, University of Glasgow; Kjell Å Modéer, Lund University; Anthony Musson, University of Exeter; Vernon V. Palmer, Tulane University; Agustin Parise, Maastricht University; Heikki Pihlajamäki, University of Helsinki; Jacques du Plessis, Stellenbosch University; Merike Ristikivi, University of Tartu; Remco van Rhee, Maastricht University; Luis Rodríguez Ennes, University of Vigo; Jonathan Rose, Arizona State University; Carlos Sánchez-Moreno Ellar, University of Valencia; Mortimer N.S. Sellers, University of Baltimore; Jørn Øyrehagen Sunde, University of Bergen; Ditlev Tamm, University of Copenhagen; José María Vallejo García-Hevia, University of Castilla-La Mancha; Norbert Varga, University of Szeged; Tammo Wallinga, University of Rotterdam; José Luís Zamora Manzano, University of Las Palmas de Gran Canaria

María José Bravo Bosch, “La peste en Constantinopla”, *GLOSSAE. European Journal of Legal History* 17 (2020), pp. 517-549 (available at <http://www.glossae.eu>)

La peste en Constantinopla*

The Plague in Constantinople

María José Bravo Bosch
Universidad de Vigo

Fecha de recepción: 24.4.2020
Fecha de aceptación: 20.5.2020

Resumen

La epidemia de peste bubónica que asoló Bizancio y especialmente la capital, Constantinopla, es analizada en el presente trabajo desde una perspectiva multidisciplinar, en el que se aborda desde el origen de la plaga y la determinación concreta de la bacteria responsable de la plaga letal, a la descripción del impacto humano, social y jurídico de la pandemia. También tenemos en consideración la disminución demográfica que resultó de la infecciosa enfermedad, y las graves consecuencias de la misma, resumidas en la hambruna, la regulación justiniana intentando paliar la crisis económica, y el impacto social. Pero un objetivo esencial de nuestra investigación es extraer del estudio realizado las conclusiones necesarias en el momento de la expansión actual del COVID-19, conociendo previamente la situación bizantina medieval. Y la conclusión es negativa y pesimista, deseosa de ser corregida en el inmediato futuro con una revisión profunda de la gestión pandémica global.

Abstract

The epidemic of bubonic plague that devastated Byzantium and especially the capital, Constantinople, is analyzed in this work from a multidisciplinary perspective, which deals with the origin of the plague and the specific determination of the bacteria responsible for the lethal plague, to the description of the human, social and legal impact of the pandemic. We also take into account the demographic decrease that resulted from the infectious disease, and the serious consequences of it, summarized in famine, Justinian regulation trying to alleviate the economic crisis, and the social impact. But an essential objective of our research is to extract from the study carried out the necessary conclusions at the time of the current expansion of COVID-19, previously knowing the medieval Byzantine situation. And the conclusion is negative and pessimistic, eager to be corrected in the immediate future with an in-depth review of global pandemic management.

Palabras Clave

Yersinia pestis, Constantinopla, Justiniano, Procopio, COVID-19

Keywords

Yersinia pestis, Constantinople, Justinian, Procopius, COVID-19

SUMARIO: Introducción. 2. Origen de la plaga. 3. Bacteria responsable de la pandemia. 4. Síntomas. 5. Azote de Constantinopla. 6. Estadística de decesos. 7. Consecuencias: hambruna, inflación y más muerte. 8. Fin de la pandemia. 9. Conclusiones. Selección bibliográfica

1. Introducción

En el mundo civilizado del siglo XXI, el concepto de salud va asociado indefectiblemente al progreso propio de una sociedad plenamente desarrollada, en el que creemos firmemente tener el control de los peligros antaño identificados con la miseria, la falta de higiene, la explotación laboral, la ausencia de vacunas y medicamentos, obstáculos que parecían hasta hace muy poco tiempo superados

definitivamente, por lo menos en los estamentos cultural e industrialmente desarrollados de la civilización.

Del mismo modo, identificamos la plenitud de recursos sanitarios con nuestra propia seguridad, y de este modo vivimos convencidos de las bondades de un sistema de salud que atiende todas las necesidades y urgencias del ser humano hasta el deceso natural, diferente en cada caso individual.

La cuestión es que el equilibrio entre la relativamente cómoda existencia de la humanidad y los avances científico-sanitarios acaba de sufrir un colapso con la aparición de un nuevo virus mortal, el COVID-19, cuya propagación mundial ha superado cualquier previsión por parte de la OMS y de los distintos gobiernos, poniendo en evidencia la inadecuada gestión de esta emergencia sanitaria global.

El motivo de la falta de previsión reside también en la indolencia inicial, incapaz de prever la propagación masiva a pesar de la permanente denuncia de la disminución de fondos públicos destinados al sector sanitario, y la prepotente ignorancia de las sociedades tecnológicamente idealizadas, que consideran arcaica y residual la capacidad mortal de un virus para poder generar una pandemia mundial¹.

Vamos a ver a continuación lo que sucedió en Constantinopla en el año 542², con la propagación de la denominada peste justiniana, por haber sucedido durante el reinado del emperador Justiniano, y los efectos devastadores de la pandemia³. Bien es cierto que se trataba de una enfermedad infecciosa transmitida por una bacteria y no por un virus, como en el caso actual del COVID-19, pero las similitudes con la procrastinación inicial y la desesperación gradual de la población nos transmitirán una perenne lección, el deber de procurar la excelencia en la salud protegiendo como bien de primera necesidad los recursos sanitarios materiales, humanos y de investigación sin degradar jamás su vital condición.

2. Origen de la plaga

El lugar de nacimiento de la pandemia mortífera que asoló el imperio bizantino a mediados del siglo VI ha sido objeto de distintas teorías por parte de los estudiosos y

* Este artículo ha sido realizado mientras realizamos una estancia de investigación en la Facultad de Derecho de la Universidad La Sapienza de Roma. Dedicamos este trabajo al Decano y Catedrático de Derecho Romano, Oliviero Diliberto, por su apoyo continuo durante nuestro estudio.

¹ Laín Entralgo, P., *Historia de la Medicina*, Barcelona, 1978, p. 644: “¿Puede sin embargo decirse que las enfermedades infecciosas hayan sido tan radical y definitivamente vencidas? En modo alguno. La perduración de razas de gérmenes que resisten a los poderosos tratamientos actuales, la posible aparición en ellos de mutantes inéditamente agresivos y un claro aumento en la cifra estadística de las virosis, impiden responder afirmativamente”.

² Kislinger, E., Stathakopoulos, D., “Pest und Perser kriege bei Prokop: chronologische Überlegungen zum Geschehen 540-545”, *Byzantion* 69, 1999, pp. 76-98, en donde analizan las distintas fuentes, para datar la pandemia en el año 542.

³ Chan-Yeung, M.M.W., “The “Great Dying”: Bubonic Plague”, *A Medical History of Hong Kong*, Hong Kong, 2018, p. 133: “No disease in human history has evoked such horror, panic, and fear as the plague. Of course it is dreaded for the pain and suffering it inflicts, but it is especially abhorred for the high mortality rate that follows in its wake. The first recorded epidemic, the Justinian Plague, was named after Emperor Justinian I, and devastated the Byzantine Empire during the sixth century, reportedly killing as many as 50 million people”.

científicos que se han dedicado a rastrear el origen de la *Yersinia pestis*⁴, y la enfermedad de la que era portadora.

El Mediterráneo resulta clave para poder comprender el itinerario mortal efectuado por los patógenos bacterianos en su recorrido hasta inundar las calles de la poblada Constantinopla. Más en concreto, tenemos que referirnos a *Pelusium*⁵, ciudad costera y puerto principal situado en la desembocadura del Nilo, enclave perfecto para el comercio marítimo, como el lugar de inicio de la propagación de la peste⁶. Las ventajas del transporte de mercancías por mar y no por tierra, tanto por costes como por tiempo empleado en su distribución, nos desvela el carácter fundamental de *Pelusium*⁷, nudo comercial del Bajo Egipto, como puerto final del complejo fluvial ubicado en el delta del Nilo.

Desde este ágil y concurrido emplazamiento, del que partían grandes flotas mercantes con exportaciones de cereal, papel, aceite, marfil esclavos y otros bienes en dirección a distintas urbes, entre las que ocupaba un puesto privilegiado Constantinopla, como destino de continuos y abundantes cargamentos, emprenderá un viaje letal la peste, algo impensable hasta aquel momento por las condiciones climáticas existentes habitualmente, una temperatura por encima de la establecida para el crecimiento exponencial de la bacteria, pero posible con el cambio drástico de temperaturas que surgió improvisamente, sin avisar.

⁴ La denominación resulta en honor de uno de sus descubridores, Alexandre Yersin, investigador del Instituto Pasteur y codescubridor de la bacteria en 1894 con Kitasato Shibasaburō, aunque de manera independiente. De hecho, fue el investigador japonés el primero que publicó una descripción del cultivo, pero pocos días después Yersin realizó una descripción más completa sobre la bacteria en otra prestigiosa publicación; vid. al respecto, Kitasato, S., “The bacillus of bubonic plague”, *The Lancet* 144, 1894, pp. 428-430; Yersin, A., “La peste bubonique à Hong Kong”, *Ann. Inst. Pasteur* 8, 1894, pp. 662-667; Bibel, D.J., Chen, T.H., “Diagnosis of Plague: An Analysis of the Yersin-Kitasato”, *Controversy, Bacteriological reviews*, 40, 3, 1976, pp. 633-651.

⁵ Tsiamis, C., Poulakou-Rebelakou, E., Androutsos, G., “The Role of the Egyptian Sea and Land Routes in the Justinian Plague: the Case of Pelusium”, *Medicine and Healing in the Ancient Mediterranean World*, D. Michaelides (ed.), Oxford, 2014, pp. 334-335, en donde describen la importancia del Nilo, como río más largo de África y enclave marítimo comercial de suma importancia en el siglo VI, y el puerto de *Pelusium* como el punto de partida de la peste mortal.

⁶ La teoría tradicionalmente aceptada afirma que *Pelusium* fue sin duda el lugar desde donde partió la epidemia masiva que afectó mortalmente a la capital del mundo justiniano, pero existen otra tesis que señalan el origen asiático de la pandemia, aprovechando los recursos actuales de los laboratorios especializados en ADN, como proponen Harbeck, M., Seifert, L., Hänsch, S., Wagner, D.M., Birdsell, D., Parise, K.L., Wiechmann, I., Grupe, G., Thomas, A., Keim, P., Zöller, L., Bramanti, B., Riehm, J.M., Scholz, H.C., “Yersinia pestis DNA from Skeletal Remains from the 6th Century AD Reveals Insights into Justinianic Plague”, *PLoS Pathogens* 9, 5, 2013, p. 5, en donde muestran los resultados proporcionados por dos laboratorios independientes, concluyendo: “Our results document that those original sources were in Asia”; vid. al respecto, Tuross, N., Campana, M.G., “Ancient DNA”, *The Science of Roman History: Biology, Climate, and the Future of the Past*, Princeton, W. Scheidel, 2018, W. Scheidel, p. 214, donde afirman en relación con la teoría de Harbeck *et alii*, que la cepa aún no se ha identificado en los reservorios de roedores existentes, e incluso puede haberse extinguido.

⁷ Considerado el granero imperial durante varios siglos, tanto por su productividad como por su ubicación, ya que todos sus cultivos estaban cerca del Nilo; Stanley, J-D., Bernasconi, M.P., Jorstad, T.F., “Pelusium, an Ancient Port Fortress on Egypt’s Nile Delta Coast: Its Evolving Environmental Setting from Foundation to Demise”, *Journal of Coastal Research*, 24, 2, 2008, p. 454: “During much of its active history, Pelusium was positioned close to the coast and the Pelusiatic branch of the Nile River. The important fluvial distributary, once the major source of freshwater flowing to this arid lower alluvial plain sector, was vital for Pelusium’s strategic role as a trade and navigational center”.

En el año 541, elegido por nosotros entre las opciones doctrinales barajadas como posible fecha de inicio de la expansión de la pandemia⁸, debía realizarse inexcusablemente como ruta comercial el viaje del Nilo hacia el norte, *Pelusium* y más tarde Alejandría, para poder viajar a Constantinopla. No existía ningún temor anterior que reflejase la posible transmisión de enfermedades letales, ya que como las temperaturas se elevaban a lo largo del transcurso del viaje, imposibilitaban la multiplicación de las bacterias que provocaban la peste y por lo tanto su transmisión, haciendo de la ruta un trayecto cómodo y seguro.

Pero en aquel preciso momento hubo un fenómeno meteorológico que desencadenó la terrible enfermedad, un cambio climático temporal. La historiografía antigua nos ilustra cómo se produjo un descenso considerable en las temperaturas, seguramente causada por una nube de polvo que impedía el paso de la luz, de acuerdo con el testimonio de Procopio⁹, aunque en la actualidad se defiendan otras tesis, como la de una erupción volcánica que provocó las citadas nubes, episodio que supondría el punto de partida irreversible del viaje epidémico mortal¹⁰.

⁸ Mientras parte de la doctrina opta por el 540, nosotros apoyamos la versión del año 541 como la del inicio de la enfermedad mortal, siguiendo a Horden, P., “Mediterranean Plague in the Age of Justinian”, *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge University Press 2006 (online), p. 135: “The disease arrived on the Mediterranean scene at Pelusium (modern Tell el Farama) a small entrepôt at the extreme Eastern Edge of the Nile Delta, around the middle of July 541”; en la misma dirección, el propio título de una obra reseñable con respecto a este tema disipa las dudas con respecto a la cronología exacta: VV.AA., *Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, (Little, L.K., ed.), *passim*; Herrin, J., *Bizancio. El imperio que hizo posible la Europa moderna*, Barcelona, 2009, p. 49; Harbeck, M., Seifert, L., Hänsch, S., Wagner, D.M., Birdsell, D., Parise, K.L., Wiechmann, I., Grupe, G., Thomas, A., Keim, P., Zöller, L., Bramanti, B., Riehm, J.M., Scholz, H.C., “Yersinia pestis DNA from Skeletal Remains from the 6th Century AD Reveals Insights into Justinianic Plague”, p.1: “In 541 AD, eight centuries before the Black Death, a deadly infectious disease hit the Byzantine Empire, reaching Constantinople in 542 and North Africa, Italy, Spain, and the French/German border by winter 543. The so called “Plague of Justinian”, named after the contemporaneous emperor, led to mass mortality in Europe similar to that of the Black Death. It persisted in the territory of the Roman Empire until the middle of the 8th century and likely contributed to its decline, shaping the end of antiquity”.

⁹ Procopio, *Historia de las Guerras*, 2.3-4, Madrid, 2015, habla de los cometas que se dejaron ver en el año 539 durante más de cuarenta días: “En aquel entonces también apareció el cometa, primero comparable a la altura de un hombre, pero luego mucho mayor. Se perdió por occidente y salió por oriente, siguiendo al propio sol; pues el sol estaba en Capricornio y aquel astro en Sagitario- Algunos lo llamaban ‘el pez espada’, porque era muy largo y tenía bastante afilada la punta, y otros ‘el barbudo’, y se dejó ver durante más de cuarenta días. Pues bien, los entendidos en estas cuestiones no se ponían de acuerdo en absoluto, sino que unos predecían que era una cosa y otros otra la anunciada por aquel astro. Por mi parte, yo sólo escribo lo que ocurrió y le dejo a cada cual que de lo sucedido conjeture lo que quiera”. Este fenómeno atmosférico provocó una nube de polvo, con gran cantidad de partículas en suspensión en la atmósfera que impedían el paso de la luz, incidiendo negativamente en el considerable aumento de las temperaturas; con anterioridad, Procopio, en la misma obra, 4.14, se refiere a lo acaecido los años 536 y 537, en los que el sol emitía su luz desprovista de rayos, con destellos apagados que se asemejaban a un eclipse.

¹⁰ Stothers, R.B., “Volcanic Dry Fogs, Climate Cooling and Plague Pandemics in Europe and the Middle East”, *Climatic Change*, 42, 4, 1999, pp. 713-723; Keys, D., *Catastrophe: An Investigation into the Origins of Modern Civilization*, New York, 2000, pp. 30 ss., insiste en la fecha del año 536 d.C. como la fecha de la erupción volcánica que provocó un cambio climático sin precedentes; Wozniak, T., *Naturereignisse im frühem Mittelalter*, Berlin-Boston, 2020, pp. 120 ss. en donde después de referirse al fenómeno de la lluvia de cometas, hace referencia, en 430 ss., a las erupciones volcánicas a partir del siglo VI y las nubes de polvo consecuencia de las mismas que provocaron cambios profundos en el clima hasta esa fecha dominante.

Esta valiosa información proporcionada por los protagonistas coetáneos a dichos fenómenos atmosféricos, si la ponemos en relación con el método científico del carbono y la dendrocronología¹¹, avances científicos cualificados para datar correctamente objetos en ausencia de una específica concreción temporal documentada, nos permite situar el enfriamiento repentino en el espacio que discurre entre los años 535 y 540¹².

El cambio climático provocó que, al descender la temperatura, las ratas, necesarias portadoras de la peste con las pulgas y bacterias necesarias para provocar la pandemia, iniciaran su periplo trágico hacia Constantinopla, donde provocarían una catástrofe humana inesperada y mortal, contagiando incluso al propio emperador Justiniano, pilar indiscutible del Imperio Romano de Oriente.

Evidentemente no podemos plantear la inmediatez absoluta en cuanto al desembarco fatídico en la capital del Imperio, ya que debemos pensar en un viaje por mar, con sus plazos y amarres previos a la llegada a Constantinopla, de modo tal que se iría expandiendo la peste por varios puertos del itinerario marítimo de transporte de mercancías internacional hasta llegar a su fatal destino.

Así, Procopio señala las dos vías de transmisión de la peste, una hacia Alejandría y el resto de Egipto, y la otra hacia la zona limítrofe de Palestina con Egipto, extendiéndose a continuación con diferente intensidad, como describe en 22.7-8¹³:

“Parecía, en efecto, que se propagaba bajo condiciones específicas y que en cada país se detenía un tiempo fijo: a ningún hombre dejaba pasar su azote, sino que se expandía por

¹¹ Rosen, W., *El fin del Imperio Romano. La primera gran peste de la era global*, trad. esp. Barcelona, 2008, p. 232: “El método científico más conocido para establecer la edad de los objetos a falta de documentación histórica es probablemente la medición de un isótopo especial del carbono, que, por ser radioactivo, se degrada en un isótopo más estable a un ritmo muy regular. La determinación de una fecha a partir del carbono 14 tiene sus limitaciones, entre ellas, su falta de precisión cuando se trata de materiales no orgánicos. Sin embargo, alcanza gran exactitud cuando se trata de objetos verdaderamente antiguos, en los que un margen de error de cincuenta a cien años es perfectamente aceptable. Para medir con exactitud en una escala temporal de miles de años, en lugar de miles de milenios, se necesita otro método diferente. Técnicamente se denomina dendrocronología, y consiste en la medición del número y tamaño de los anillos del tronco de los árboles”, explicando a continuación como las distintas especies de árboles añaden un anillo por año, y en climas templados la anchura varía con el propio clima. De acuerdo con esta ciencia, se puede calcular la fecha de talado de un árbol de acuerdo con ciertos parámetros, pudiendo calcularse, a la inversa, si se conoce la fecha de un árbol, la temperatura de un año en concreto; Zakrzewski, S., Shortland, A., Rowland, J., *Science in the Study of Ancient Egypt*, New York, 2016, p. 39: “Dendrochronology is an independent absolute dating method which started to be used widely in American archaeology as early as the 1930s but not in the rest of the world until the 1970s. This was at point when long chronologies of tree-rings had been assembled by scholars”, añadiendo a continuación que los anillos de los árboles son una parte integral del método de radiocarbono, por lo que se determinó que las mediciones de radiocarbono tenían que tener en cuenta la cantidad fluctuante de carbono que se liberaba al medio ambiente con el transcurso del tiempo.

¹² El pionero en esta ciencia fue Douglas, A.E., “Dating Our Prehistoric Ruins: How Growth Rings in Timbers Aid in Establishing the Relative Ages in Ruined Pueblos of the Southwest”, *Natural History* 21, 2, 1921, *passim*; Baillie, M., *A Slice Through Time, Dendrochronology and Precision Dating*, London, 1995, pp. 17-18, después de explicar los beneficios de la dendrocronología, como técnica científica que establece la edad de un árbol y los cambios climáticos a los que ha estado sometido mediante la observación de los anillos de crecimiento anual, propone como verosímil el descenso de un grado y medio de las temperaturas entre esas fechas, suficiente como para provocar la propagación de la carga letal hasta aquel momento allí confinada.

¹³ Procopio, *Historia de las Guerras*, pp. 52 ss.

todas partes hasta los confines del mundo, como con miedo a que se le escapara algún rincón de la tierra. Pues ni isla ni cueva ni montaña que estuvieran habitadas se libraron del mal. Y si se dio el caso de que por algún sitio pasó de largo, sin atacar a los que allí vivían o afectándolos de alguna manera imprecisa, volvió, no obstante, más tarde a manifestarse de nuevo en ese lugar, pero sin afectar entonces en absoluto a los que habitaban en las cercanías, a los que precisamente había acometido antes con mayor virulencia, y no desapareció del sitio en cuestión hasta haberse cobrado la cantidad exacta y justa de víctimas, que coincidía plenamente con la de los muertos que antes se habían producido entre los que habitaban en sus alrededores”.

La datación concreta de la llegada de la peste a Bizancio tampoco resulta fácil, aunque contemos con hitos bélicos puestos en relación con la pandemia, como la victoria de Cosroes con la toma de la ciudad de Calínico como muestra de la debilidad de Belisario, traída a colación por Procopio poco antes del relato de la expansión de la epidemia en Bizancio¹⁴, y la descripción, si bien un tanto ambigua, proporcionada por el mismo historiador:

“Al segundo año, a mediados de la primavera, llegó a Bizancio, donde casualmente estaba yo residiendo en aquel entonces¹⁵. Y ocurrió de la siguiente manera. Muchos vieron unas apariciones fantasmales con forma de seres humanos de diverso aspecto y todos los que se las encontraban creían que eran golpeados por ese hombre que les salía al paso en cualquier punto de su cuerpo. Y, nada más haber visto la aparición, al momento eran atacados por la enfermedad”¹⁶.

De acuerdo con este relato, la doctrina se inclina por aceptar la fecha de la primavera del año 542 d.C.¹⁷, con pocas oscilaciones dentro de ese período estacional, como el inicio de la escalada inexorable de la peste. La terrible pandemia contagiará sin distinción de clases a buena parte de los habitantes de Constantinopla, ya que la

¹⁴ Procopio, *Historia Secreta*, Madrid, 2000, 3.31; justo a continuación, 4.1, explica que por esas mismas fechas sobrevino la peste, extendiéndose entre toda la población de Bizancio; vid. sobre la conquista de Calínico por Cosroes, Bury, J.B., *A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.)* I, London, (Mcmillan&co. ed.)1889, pp. 427-432.

¹⁵ Procopio, como admirador y continuador de la obra de Tucídides, adopta un estilo riguroso en esta obra, desterrando los elementos anecdóticos, fantásticos o religiosos, para ofrecer un testimonio lo más fidedigno posible ajustado a la realidad (sin embargo, en la *Historia Secreta* destaca por todo lo contrario, la exageración exacerbada hasta la incredulidad, de los defectos del emperador Justiniano y la emperatriz Teodora, víctimas de una invectiva vitriólica contra ambos con motivo de un rencor nunca aclarado); vid. Byrne, J.P., *Encyclopedia of Black Death*, Oxford, 2012, (ABC-CLIO ed.), p. 28, en la que hace referencia a la plaga de Atenas y el relato de Tucídides, como testigo y víctima de la enfermedad: “At the end of the first year of the Peloponnesian War, an epidemic (perhaps typhoid fever) broke out in Athens. Athenian historian Thucydides, both witness and victim, chronicled the plague (430-426 BCE) in Book Two of his Peloponnesian War. He described the plague’s origins and symptoms and recounted the victims’ suffering and frequent abandonment. Corpses littered the city, burial rites were suspended, and people seeking pleasure broke the laws of gods and men, recordando además que esta obra la conocían perfectamente los oradores griegos, sirviendo como modelo en posteriores descripciones sobre epidemias y sus efectos.

¹⁶ Procopio, *Historia de las Guerras*, 22, 9-10.

¹⁷ Bury, J.B., *The History of the Later Roman Empire. From the Death of Theodosius I to the Death of Justinian*, London, 1923, p. 62: “The devastating plague, which began its course in the summer of A.D 542 and seems to have invaded and ransacked nearly every corner of the Empire...”; Horden, P., *Mediterranean Plague in the Age of Justinian*, p. 135: “Constantinople remained untouched until March or April of 542”; Rosen, W., *El fin del Imperio Romano. La primera gran peste de la era global*, p. 242: “Cuando la primavera del año 542 empezaba a transmutarse en verano, a casi cien mil habitantes de la capital imperial apenas les quedaban unas semanas de vida”.

geografía de la ciudad, con siete colinas a imagen y semejanza de Roma, distribuyó la letal enfermedad desde los muelles del puerto, en la estructura piramidal inferior, hasta la última cima sin encontrar resistencia alguna en el modelo urbano de la capital.

3. Bacteria responsable de la pandemia

La *Yersinia pestis*, bacilo Gram negativo anaerobio facultativo y patógeno primario, causante de la peste, se presenta de varias formas, apostando la taxonomía tradicional por tres variaciones diferentes del genoma de este agente infeccioso letal, la peste pulmonar, la peste bubónica, y la peste septicémica, esta última poco frecuente.

La peste bubónica, aun siendo la menos virulenta de las tres, fue la siniestra protagonista de la epidemia acaecida en Bizancio, se propagaba principalmente por la picadura de pulgas infectadas que habitan en roedores, sobre todo las ratas¹⁸, que atestaban los muelles de los puertos, y se introducían en los barcos de mercancías, como los que hacían la ruta hacia Constantinopla, inoculando el terrible mal a los humanos que picaban estos parásitos.

Del mismo modo, resulta necesario referirnos a la subdivisión de la *Y. pestis* en tres biovares¹⁹, cepas procarióticas que se diferencian bioquímica o fisiológicamente de otras por su morfología específica, *Antiqua*, *Medievalis*, y *Orientalis*²⁰, pudiendo

¹⁸ Davis, D.E., “The Scarcity of Rats and the Black Death: An Ecological History”, *Journal of Interdisciplinary History*, 16, 1986, pp. 455-470, en donde explica los distintos tipos de ratas, la prevalencia de la rata negra, *rattus*, en los recintos portuarios del siglo VI, así como su condición de reservorio para muchas enfermedades de humanos, como afirma en p. 460: “Rodents serve as vectors or reservoirs for many diseases of humans...”; McCormick, M., “Rats, Communications, and Plague: Toward an Ecological History”, *The Journal of Interdisciplinary History*, 34, 1, 2003, p. 2: “Nevertheless, the black or ship rat, *rattus*, is the prime suspect in the two premodern pandemics usually identified as bubonic. The Justinianic plague began in 541 and hammered the late Roman and early medieval world until the middle of the eighth century”.

¹⁹ Traemos a colación otra tesis, que supera la subdivisión tradicional en tres biovares, dependiendo de su capacidad de fermentar glicerol y reducir nitrato, propuesta por Harbeck, M., Seifert, L., Hänsch, S., Wagner, D.M., Birdsell, D., Parise, K.L., Wiechmann, I., Grupe, G., Thomas, A., Keim, P., Zöller, L., Bramanti, B., Riehm, J.M., Scholz, H.C., “*Yersinia pestis* DNA from Skeletal Remains from the 6th Century AD Reveals Insights into Justinianic Plague”, p.1: “However, this system ignores many other *Y. pestis* biovars that have been designated and described by other scientists. Biovars, which are based upon phenotypic properties, do not always correspond directly to specific molecular groups because the same phenotype can result from different mutations. As a result, it has been suggested that groupings within *Y. pestis*, or assignment of unknown strains to specific populations should be based upon molecular signatures and not phenotypes. Fortunately, the recent construction of highly-accurate rooted global phylogenetic trees for *Y. pestis* ... have facilitated the assignment of isolates to distinct populations. The most recent global phylogeny is based upon single nucleotide polymorphisms (SNPs) identified from the genomes of 133 global strains”.

²⁰ Achtman, M., Zurth, K., Morelli, G., Torrea, G., Guiyoule, A., Carniel, E., “*Yersinia pestis*, the cause of plague, is a recently emerged clone of *Yersinia pseudotuberculosis*”, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 96, 24, 1999, p. 14043: “*Y. pestis* has been subdivided into three biovars (*Antiqua*, *Medievalis*, and *Orientalis*) on the basis of minor phenotypic differences”; Rosen, W., *El fin del Imperio Romano. La primera gran peste de la era global*, p. 206, en donde se refiere a las variaciones del genoma, *Antiqua*, *Medievalis* y *Orientalis*, y sus diferencias: “Se basa no sólo en la afinidad histórica con las pandemias, sino en sus propiedades bioquímicas: una puede fermentar el glicerol, la otra puede convertir el nitrato en nitrito y la tercera puede hacer ambas cosas (para mayor confusión, una cuarta variedad llamada *Mitrotus* no puede ni fermentar el nitrato ni provocar enfermedades en animales más grandes que los roedores, en los cuales se hace crónica. Dentro de las tres

identificar esta última como la responsable de la epidemia bizantina gracias a los avances científicos de las últimas décadas mediante el estudio bioarqueológico de esqueletos humanos exhumados de una fosa común del siglo VI²¹.

Un dato relevante como vector vehicular de la peste bubónica resulta la propia zoonosis, es decir, el hecho de que como enfermedad anide en los animales portadores, y no en el contagio directo entre seres humanos²², por lo que la identificación del parásito de los roedores, la pulga de la peste, *Xenopsylla cheopis*²³, nos muestra al verdadero agente bioterrorista que causó la grave mortandad²⁴. Como vehículo parasitario mostró siempre una clara preferencia por la rata negra²⁵, roedor miomorfo cuyo alimento favorito lo constituye el grano²⁶, cereal transportado en ingentes cantidades de forma especial a Constantinopla, ya que formaba parte de la dieta principal era considerado núcleo fundamental en la gastronomía bizantina.

variaciones biológicas, o biovariedades, se han identificado al menos treinta y cinco variedades diferentes o linajes”.

²¹ Drancourt, M., Roux, V., Vu Dang, L., Tran-Hung, L., Castex, D., Chenal-Francois, V., Ogata, H., Fournier, P-E., Crubézy, E., Raoult, D., “Genotyping, Orientalis-like *Yersinia pestis*, and Plague Pandemics”, *Emerging Infectious Diseases*, 9, 2004, en donde explican que no existen registros escritos históricos sobre la fosa común de Sens, Francia, pero las comparaciones con los modelos demográficos sugieren que las tumbas fueron el resultado de la peste de Justiniano del siglo VI, ofreciendo el diseño y resultados de su estudio en pp. 1587 y ss.: “The Anthropology Laboratory of Bordeaux University 1 studied a first series of 60 skeletons discovered during excavations in 1989 in Sens, France. The skeletons were buried in four adjoining mass graves, dated by radiocarbon to be from the 5th to 6th century A.D. We collected 10 teeth from three skeletons in Sens... The teeth were washed thoroughly with sterile phosphate-buffered saline and fractured longitudinally. Powdery remnants of dental pulp were scraped into sterile tubes for DNA extraction... We found that the genotype *Orientalis*, which now occurs worldwide”, estaba claramente involucrada en la pandemia justiniana.

²² Keeling, M.J., Gilligan, C.A., “Bubonic plague: a metapopulation model of a zoonosis”, *Proceedings. Biological sciences* 267 (1458) 2000, p. 2220: “Although the pneumonic form of the disease is highly contagious and is transmitted readily between humans, historical evidence shows that by far the greatest proportion of cases have been caused by transmission from rats to humans via fleas”.

²³ Insecto sinóptero de la familia *Pulicidae*, posee una anatomía estructurada para poder saltar largas distancias, e incluso para pasar de un huésped a otro. Además, pueden transmitir la enfermedad a la siguiente generación de pulgas mediante sus huevos; vid., Farhang-Azad, A., Traub, R., Baqar, S., “Transovarial transmission of murine typhus rickettsiae in *Xenopsylla cheopis* fleas”, *Science* 227, 1985, (4686), pp. 543-545.

²⁴ Una tesis diferente, en defensa del papel desempeñado por la *Pulex irritans*, la pulga que prefiere seres humanos en la transmisión de la peste, la encontramos en Blanc, G., “Une opinion non conformiste sur la mode de transmission de la peste”, *Rev. Hyg. Med. Soc.* 4, 1956, pp. 535–62; más modernamente, en Gage, K., Kosoy, M.Y., “Natural History of Plague: Perspectives from More than a Century of Research”, *Annual Review of Entomology*, 50, 2005, pp. 517: “*Pulex irritans* is an exceptionally poor biological vector of plague but can transmit the disease mechanically, a fact that may explain why some regions in developing countries, or perhaps parts of Europe during the Black Death, suffered outbreaks of bubonic plague in the apparent absence of *X. cheopis*”.

²⁵ Fabian Hirst, L., *The conquest of Plague. A Study of the evolution of epidemiology*, Oxford, 1953, pp. 59 ss., en donde explica la clara preferencia de la pulga de la peste por las ratas negras, y no por la *Rattus norvegicus*, rata parda, más propia de las ciudades europeas de la época moderna. Como la *Xenopsylla cheopis* prefiere como huésped a la *Rattus*, rata negra, y es de lejos la mejor transmisora de la peste a los humanos, eso explicaría la desaparición de las plagas en Europa, por la ausencia del modelo de roedor preferido por el insecto para infectarlo.

²⁶ McCormick, M., “Rats, Communications, and Plague: Toward an Ecological History”, p.14: “Black rats prefer grain. The grain fleets that carried the late empire's state-subsidized food shipments from Africa and Alexandria to the capitals of Rome and Constantinople probably played a role in the recurring transmission of plague”.

El atractivo de la rata como huésped de la bacteria no reside tanto en el radio de acción, como en su densidad de población, ya que las bacterias prefieren un número elevado de huéspedes en el que puedan propagarse de la forma más eficiente para poder automantenerse²⁷. El acceso regular y continuo a otros posibles huéspedes sanos que sustituyan a los que desaparecen por causa de la infección resulta la rotación necesaria para mantener el equilibrio de la *Y. Pestis* y su posterior propagación. Por lo tanto, la elección de ese modelo de roedor, unido a la fertilidad ingente conocida, contribuyeron a la expansión mortal de la pandemia, y a la imposibilidad de su erradicación total.

El motivo de la conversión de la batería en un patógeno, que causa la enfermedad, reside en la obligación de la *Yersinia pestis* de residir en un huésped vivo. Mientras el sedentarismo de la pulga alimentada por la sangre caliente de la rata infectada no se vea compelida a cambiar de roedor, todo va bien, pero la adaptación selectiva provoca la necesidad de que el huésped viva lo suficiente para que las bacterias se reproduzcan antes de que la rata muera y las pulgas se vean obligadas a emigrar²⁸.

Por lo tanto, el riesgo crece cuanto mayor sea el número de ratas, independientemente de la autoinmunidad de algunas de ellas para evitar la enfermedad, ya que si mueren antes de tiempo obligarán al cambio de huésped, incluyendo a los humanos ante la falta de otros reservorios adecuados. Es decir, la susceptibilidad para dar el salto entre roedores y humanos depende de la siguiente estimación: si el número de ratas susceptibles a la peste supera el 80%, el riesgo de transmisión de la peste a humanos resultará inevitable²⁹.

Desgraciadamente para la civilización bizantina del siglo VI, se produjo una explosión demográfica de roedores unida a una susceptibilidad elevada a la *Y. pestis*, conjunción devastadora que desencadenó la pandemia inesperada y mortal entre la ciudadanía de Constantinopla.

4. Síntomas

La descripción de los síntomas de la *Y. Pestis* sufrida por los habitantes de Constantinopla la conocemos a través de las fuentes historiográficas a nuestra disposición, que vamos a exponer de inmediato priorizando la coetaneidad del relator, pero complementándola necesariamente con el cuadro clínico específico que aportan los estudios científicos sobre esta singular pandemia.

Procopio realiza una exposición detallada de los síntomas en el segundo libro de su *Historia de las Guerras*³⁰, evitando la implicación emocional en el relato del impacto de

²⁷ Cfr. Rosen, W., *El fin del Imperio Romano. La primera gran peste de la era global*, p. 217.

²⁸ Orent, W., *Plague: The Mysterious Past and Terrifying Future of the World's Most Dangerous Disease*, New York, Free Press, 2004, p. 98 ss., en donde explica como las pulgas no atacan a los animales muertos, necesitando la sangre caliente de las ratas vivas para que las bacterias tengan el tiempo suficiente para reproducirse adecuadamente.

²⁹ Keeling, M.J., Gilligan, C.A., "Metapopulation Dynamics of Bubonic Plague", *Nature*, 207, 2000, pp. 903-906.

³⁰ Procopio, *Historia de las Guerras*, 2.22; el lenguaje utilizado por Procopio en esta obra ha sido siempre puesto en relación estrecha con la influencia directa de Tucídides en la obra Procopiana, de modo especial en la descripción de episodios bélicos, como recuerda Cameron, A., *Procopius and the*

la bacteria mortal en la población, detallando la sintomatología de forma objetiva y sistemática³¹, ofreciéndonos una recapitulación enfática de lo sucedido³², pero sin concesiones a la sensibilidad propia de un capítulo mortal de la historia de Constantinopla. De este modo, resulta una fuente de conocimiento esencial sobre la sintomatología propia de la peste, en 2.22.15-18:

“Les acometía de la siguiente manera³³. Repentinamente les daba fiebre, a unos cuando acababan de despertarse, a otros mientras estaban paseando y a otros en medio de cualquier otra actividad. Y el cuerpo ni cambiaba de color ni estaba caliente³⁴, como cuando ataca la fiebre, ni tampoco se producía ninguna inflamación, sino que la fiebre era tan tenue desde que comenzaba hasta el atardecer que ni a los propios enfermos ni al médico al tocarlos le daba a impresión de que hubiera ningún peligro. Y, en efecto, ninguno de los que habían contraído el mal creyó que fuera a morir de eso. Pero a unos en el mismo día, a otros al siguiente y a otros no mucho después le salía un tumor inguinal³⁵, no sólo en esa parte del cuerpo que está bajo el abdomen y que se llama ingle, sino también en la axila; y a algunos incluso junto a la oreja y en diversos puntos del muslo³⁶”.

Si tenemos en cuenta el testimonio en primera persona realizado por Procopio³⁷, residente casualmente en Bizancio en aquella fatídica época³⁸, la gravedad de la

Sixth Century, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1985, p. 135: “Procopius’ language is a network of genuine Thucydidean phrases and vocabulary, and the whole conception of the *Wars* shows that he owed more than just that to Thucydides, the original model”; sin embargo, en este concreto episodio, la imitación se limita a lo superficial, con una profunda división subyacente y diferencias notables con Tucídides, lo que hace este relato todavía más especial, como señala la autora de la célebre biografía especializada sobre Procopio en p. 34: “...Though the imitation of Thucydides in Procopius’ set-piece on the plague in Constantinople in AD 542 is apparent throughout, there are striking differences, such that while there is much superficial resemblance there is a deep underlying divide”.

³¹ Allen, P., “The “Justinianic” Plague”, *Byzantion*, 49, 1979, p. 6: “Procopius’ is the most systematic report of the symptoms”.

³² VV.AA., *Procopius of Caesarea: Literary and Historical Interpretations*, New York, Lillington-Martin, 2018, p. 168: “The emphasis on the description of symptoms and the statements of changes in everyday life may lead to consideration that the plague attack escapes the narrative logic of *Empire/War* -as a main principle for the presentation of events and the narrative amplification strategies”.

³³ Procopio, *Historia de las Guerras*, 2.22.14: “Pero lo que les sucedió a muchísimas personas fue que la enfermedad les entró sin que, ni por una visión ni por un ensueño, se enteraran de lo que les iba a ocurrir”. Se refiere aquí al prolegómeno introductorio descrito en 2.22.11-13, en el que habla de apariciones fantasmales que precedían a la aparición de la enfermedad por parte de quienes las tenían, a pesar de que intentaran alejarlas repitiendo nombres sagrados, sin conseguir absolutamente nada, muriendo incluso quienes se refugiaban en templos. Además, explica como en otros casos la peste se anunció de otra manera, por medio de sueños y visiones en los que una voz les decía que ya estaban en la lista de los muertos, antes de describir la sintomatología propia de la mortal epidemia.

³⁴ Vid., la similitud con la descripción de la peste de Atenas por parte de Tucídides, 2.49.5-6; Braun, H., *Procopius Caesariensis quatenus imitatus sit Thucydidem*, diss., Erlangen, 1885, pp. 31-35.

³⁵ Allen, P., *The “Justinianic” Plague*, pp. 8-9: “The black pustules mentioned by Procopius... known as plague boils, or black boils, are a classical effect of the plague on the cutaneous system”.

³⁶ Scott, S., Duncan, C.J., *Biology of Plagues: Evidence from Historical Populations*, Cambridge, 2004, p. 67: “The bubo appears early in the illness, on the first or second day, in the septicaemic type there may be no bubo at all or it may be so small as not to be noticed and have no time to enlarge before the patient dies. Usually, the bubo is very painful and tender and, in patients who live long enough or survive, it breaks down and discharges pus”.

³⁷ Hemos optado por el testimonio de Procopio como fuente de referencia, al considerarla la más descriptiva, al margen de la contemporaneidad propia por haber estado allí durante la epidemia, y desprovista de connotaciones religiosas como el relato de Evagrio, 4.29, o Agatías, *Historiae*, 5.10; en el caso de Evagrio, la descripción de lo sucedido se basa en su experiencia personal como uno de los afortunados supervivientes de la epidemia letal, con el añadido de connotaciones milagrosas como factor

enfermedad no se tuvo en consideración en un primer momento, pero al ir aumentando los síntomas y el dolor propios de la peste el pánico se fue adueñando de los habitantes de la ciudad, reconociendo la multiplicación exponencial de la pandemia mortal³⁹.

El periodo de incubación de la peste bubónica se estima entre tres a cinco días⁴⁰, pudiendo resultar asintomático en la primera fase, hasta que los síntomas visualmente perceptibles como la hinchazón hacían su aparición, período prodrómico que ayudó a la invasión imperceptible de la peste bubónica en los distintos barrios populosos de la capital del Imperio hasta su mortífera implosión.

A mayor abundamiento, los bubones característicos, descritos con rotundidad por parte del historiador bizantino, son reconocidos por la epidemiología actual como propios de la peste bubónica, de acuerdo con la sintomatología clínica de la enfermedad:

“Se manifiesta súbitamente con escalofríos y rigidez, y aumento de temperatura hasta 39 °C o 39.5 °C, con un terrible dolor de cabeza y frecuentemente también en las extremidades, la espalda y el abdomen. (El enfermo) se aparta de la luz o, cuando aparecen los dolorosos bubones, se acomoda en la cama en posturas que alivian la presión en las partes inflamadas y dolorosas. Entra en un estado de confusión, de inquietud, de irritabilidad o de apatía, y habla balbuceando, como si estuviera bebido, es incapaz de conciliar el sueño, a veces se vuelve violento o como loco. Puede tener hemorragias dentro de la piel, o internas en el estómago o intestino o en el riñón...”⁴¹.

El proceso es el siguiente: Las endotoxinas de la *Yersinia Pestis*, se producen por la desintegración de los lipopolisacáridos presentes en la pared celular, que se convierte en un arma poderosa a nivel bacteriológico. El lípido A es lo que hace realmente que la picadura de la pulga se convierta en la peste bubónica⁴². Al desaparecer la pared en la reside incrustado el lípido, los ácidos grasos quedan sueltos, provocando la superproducción de enzimas que liberan la lisozima y el TNS, factor de necrosis tumoral. La consecuencia es un shock, asociado a una elevada mortalidad.

Para que se lleve a cabo este bioterrorismo particular, las bacterias deben entrar por la piel, lo que sucede mediante la picadura de las pulgas. Una vez en el interior del

definitivo de curación; vid. al respecto, *The Ecclesiastical History of Evagrius Scholasticus*, traducción e introducción de Whitby, M., Liverpool, 2000, ed. Liverpool University Press, 4.29.178, p. 231: “And so at the outset of this great misfortune I was affected by what are called buboes while I was still attending the elementary teacher, but in the various subsequent visitations of these great misfortunes I lost many of my offspring and my wife and other relatives, and numerous servants and state dwellers, as if the indictional cycles divided out the misfortunes for me”, añadiendo que da cuenta de estos hechos a la edad de 58 años, mucho más tarde de la primera oleada mortal de la peste bubónica en Constantinopla.

³⁸ Procopio, *Historia de las Guerras*, 22, 9-10.

³⁹ Welsby, P.D., *Infectious Diseases*, Edinburgh, Springer, 1981, p. 38: “*Y pestis* causes plague, an epidemic disease which is transmitted to humans from rodents by fleas. In the past widespread epidemics occurred with an associated high mortality”.

⁴⁰ Cantlie, J., “The Signs And Symptoms Of Bubonic, Pneumonic, And Septicæmic Plague”, *The British Medical Journal*, 2, 2078, 1900, p. 1229: “The average period of incubation is from three to five days ; and, although it is believed that the disease may have a shorter period of incubation, lasting only thirty-six hours, or for a longer period, extending to ten or even fourteen days, the maximum and minimum periods of incubation are undetermined. No specific train of symptoms is peculiar to the period of incubation”.

⁴¹ Traducción al español del escenario clínico presentado por Christie, A.B., *Infectious Diseases: Epidemiology and Clinical Practice*, 3º ed., Edinburgh, Churchill Livingstone, 1969, pp. 430 ss.

⁴² Rosen, W., *El fin del Imperio Romano. La primera gran peste de la era global*, p. 240.

organismo, las bacterias viajan a través de los vasos linfáticos hasta los ganglios linfáticos, situados debajo de los brazos, en el cuello y en la ingle, produciendo la hinchazón dolorosa precursora de la letalidad de la bacteria, basada en su capacidad de retrasar la liberación del lípido A hasta que llega al sistema linfático, convirtiendo su cargamento en un cóctel mortal.

Así, cuando se perciben los primeros síntomas⁴³, en realidad el cuerpo ya está infestado de bacterias de la peste, siendo su curación mucho más complicada por el propio proceso de desarrollo de la enfermedad. En ocasiones, la bacteria llega a los pulmones, y hay presencia de sangre en los esputos, por lo que la peste bubónica se transforma en neumónica⁴⁴, pudiendo contagiarse así entre humanos, propagación en todo caso aún más mortal, si no se actúa rápidamente con el protocolo médico indicado, a base de aminoglucósidos y tetraciclinas, antibióticos bactericidas que reducen significativamente la mortalidad en la sociedad actual⁴⁵.

Estos eficaces métodos de curación eran inexistentes en el protocolo médico de actuación en Bizancio⁴⁶, así como las vacunas calendarizadas en las diferentes edades de cada sujeto⁴⁷, aunque la OMS no recomiende la vacunación contra la peste más que

⁴³ Noguer Molins, L., *Diagnóstico Médico (Patología interna)*, 4ª ed., Barcelona, Científico Médica 1949, p.100, en relación con los síntomas característicos de la peste en general: “Pocos pródromos. Cefalea intensa, vómitos, fiebre elevada, gran astenia, hinchazón de ganglio en ingles y axilas. Aparición de bubones de tamaño variable y con bacilos. Vientre sensible. Bazo grande y palpable. Disnea. Hay una forma pulmonar con tos hemoptoica y cianosis; en esta forma la muerte es rápida”.

⁴⁴ VV.AA., “Bubonic and Pneumonic Plague-Uganda”, 2006, *Morbidity and Mortality Weekly Report*, 58, 28, 2009, p. 778: “The most common clinical form is bubonic plague, which is characterized by high fever and regional lymphadenitis. Without treatment, infection can spread from lymph nodes to the lungs, resulting in pneumonic plague and the potential for person-to-person transmission through respiratory droplets”.

⁴⁵ Kool, J.L., “Risk of person-to-person transmission of pneumonic plague”, *Clinical Infectious Diseases*, 40, 8, 2005, p. 1167: “Before antibiotics were available, the mortality associated with pneumonic plague was virtually 100%, with most infected people succumbing 1-3 days after onset of the first symptoms. Antibiotics such as aminoglycosides and tetracyclines significantly reduce mortality if they are administered in a timely manner (i.e., within 20 h after the onset of disease”.

⁴⁶ De entre los médicos eminentes de la época justiniana, destacan Aecio de Amida y Alejandro de Tralles; vid. con respecto al primero, Laín Entralgo, P., *Historia de la Medicina*, p. 151: “Nacido en Amida, ciudad de la alta Mesopotamia, Aecio se formó en Alejandría y triunfó como médico en Constantinopla, donde Justiniano le distinguió con muy altos honores. Parece que fue cristiano; así lo hacen pensar algunas de sus expresiones. Su obra escrita, habitualmente llamada *Tetrabiblon*, es una amplia recopilación de dieciséis ‘discursos’, ordenados en cuatro ‘libros’. La terapéutica general, la dietética y las enfermedades de los distintos órganos forman su contenido”; por lo que se refiere a Alejandro de Tralles, VV. AA., *Encyclopaedia Britannica, A Dictionary of Arts, Sciences, Literature, and General information*, 11ª ed., London, The Riverside Publishing Company, 1911, s.v. *Alexander of Tralles*: “Alexander of Tralles (*Alexander Trallianus*), Greek physician, born at Tralles in Lydia, lived probably about the middle of the 6th century and practised medicine with success at Rome. The Greek text of his Βιβλία ἰατρικὰ was printed at Paris in 1548 and his *De Lumbricis* at Venice in 1570”, médico de la época justiniana, mencionado también como coetáneo de Agatías, y hermano del arquitecto responsable de la construcción del templo de Santa Sofía, pero ejerciente sobre todo en Roma, por lo que su presencia durante el episodio de la peste queda obliterada.

⁴⁷ Titball, R.W., Williamson, E.D., “Vaccination against bubonic and pneumonic plague”, *Vaccine*, 19, 2001, p. 4182, en donde manifiestan sus dudas con respecto a que la eficacia de las vacunas existentes esté realmente probada: “*Y. pestis* remains a significant cause of disease in humans, which has the potential to spread in an epidemic manner. The efficacy of existing vaccines is not proven, and the use of these vaccines is known to be associated with side effects. Against this background there is a need for an efficacious plague vaccine which is well tolerated. A recombinant sub-unit vaccine containing the F1- and V-antigens, adjuvanted with alhydrogel, offers such potential and is currently being developed for use

para los grupos en situación de alto riesgo⁴⁸, produciendo como consecuencia una tasa de mortalidad en aquella época cercana al 50% de la población, de acuerdo con el relato procopiano⁴⁹.

La descripción del cuadro clínico cada vez más agravado nos la proporciona de nuevo Procopio⁵⁰, en *Historia de las Guerras*, 2.22.18-28:

“Pues bien, hasta aquí a todos los afectados por la enfermedad les venía a pasar casi lo mismo⁵¹. Pero a partir de ahí no soy capaz de decir si la diferencia de síntomas radicaba en la diversidad de constituciones físicas o en la voluntad de Aquél que mandó ese mal. Unos entraban en coma profundo, otros en un delirio agudo y cada cual sufría los efectos propios de la enfermedad⁵². Pues los que entraban en coma se olvidaban de todo lo que antes les había sido familiar y parecía que siempre estaban durmiendo. Y si alguien se ponía a cuidarlos, comían en medio de aquel estado en el que se encontraban, pero los que carecían de estos cuidados seguidamente morían por falta de alimentación. Sin embargo, los que eran dominados por el delirio sufrían un terrible insomnio y muchas alucinaciones: pensaban que venía gente a matarlos y se hallaban inquietos y gritando como locos se precipitaban a huir. Quienes los estaban atendiendo caían rendidos de fatiga porque no descansaban y era la suya una mortificación continua e irremediable. Por eso, todos se compadecían de ellos, más incluso que de los enfermos, y no por ese peligro angustioso de estar siempre cerca de los apestados (pues el caso era que ni médicos ni particulares contraían este mal por contagio de los enfermos o de los fallecidos, porque muchos que constantemente estaban enterrando o atendiendo a personas sin ninguna relación con ellos resistían, contra lo que cabía esperar, prestando este servicio, mientras que a muchos otros los atacaba inexplicablemente la enfermedad y morían enseguida), sino por el gran sufrimiento que padecían. Y es que cuando se caían de la cama y rodaban por el suelo, volvían a acostarlos de nuevo; y cuando se precipitaban ansiosos fuera de sus casas, los forzaban a

in humans. It is unlikely that randomised clinical trials to demonstrate the efficacy of this vaccine will be possible.

⁴⁸ <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/plague>, en donde recomienda la vacunación sólo para personal de laboratorio expuesto constantemente al riesgo de contaminación y profesionales sanitarios.

⁴⁹ Procopio, *Historia Secreta*, 18. 44: “Luego sobrevino la peste, de la que hice ya antes mención, y que se llevó aproximadamente a la mitad de los hombres que habían sobrevivido”, en referencia a un terremoto anterior; sin embargo, Durliat, J., “La peste du Vie siecle”, en *Hommes et richesse dans V Empire byzantin*, Paris, 1989, 1, pp. 107 ss., cree que el alcance de la pandemia fue magnificado, de acuerdo con las casi inexistentes evidencias arqueológicas sobre el impacto de la peste.

⁵⁰ Atkinson, J., “The plague of 542: not the birth of the clinic”, *Acta Classica*, 45, 2002, se refiere a la descripción detallada realizada por Procopio con respecto a la peste bubónica, en pp. 4-5: “Procopius' account is sufficiently detailed and comprehensive to satisfy modern writers on medical history that it was indeed bubonic plague, though there is less agreement on the specific variants that are attested”.

⁵¹ Noguera Molins, L., *Diagnóstico Médico (Patología interna)*, p. 27, clasifica los síntomas de cualquier infección en tres grupos: “síntomas generales, síntomas de localización y síntomas tóxicos”, destacando como síntomas comunes que se dan en toda infección, aunque sea en distinto grado, la fiebre, los escalofríos, sudores, trastornos circulatorios, trastornos de la sangre y bazo y trastornos digestivos, presentes en la descripción de Procopio sobre la *Yersinia pestis* justiniana.

⁵² Cantlie, J., “The Signs and Symptoms of Bubonic, Pneumonic, And Septicæmic Plague”, p. 1229: “Mental aberration appears early, and the patient may wear a fatuous, listless, or unconcerned expression; or a pain-drawn, haggard expression may obtain from the commencement of the illness. Delirium or convulsions in children occasionally usher in the disease. Beyond the marked prostration and the early appearance of cerebral disturbance, however, there is nothing indicative of a specific ailment until the tenderness in the glands, or a bubo, appears”.

empujones y a rastras a regresar. En cuanto encontraban agua a su paso, querían meterse, y no ya tanto por ganas de beber (pues muchos se tiraban al mar), sino que la causa era mayormente aquella enfermedad mental. También en la comida tenían muchas dificultades, dado que no era fácil para ellos tomar bocado. Muchos perecían por falta de alguien que los cuidara⁵³, ya fuera porque el hambre los consumía o porque se arrojaban desde algún lugar elevado. Y a los que no entraban en coma ni sufrían aquel delirio, se les gangrenaba el tumor inguinal y morían por no poder ya resistir los dolores. Podría suponerse que a todos los demás les pasaba lo mismo⁵⁴, pero, como no eran dueños de sí mismos, no podían de ningún modo experimentar el dolor, porque su enajenación mental los privaba de sensaciones”.

La novedad pandémica, unida a la ignorancia galénica con respecto a la enfermedad, se pone en evidencia por parte de Procopio en la misma obra, en 2.22.29⁵⁵:

“Lo cierto es que algunos médicos, sin saber qué hacer por su desconocimiento de los síntomas y creyendo que la clave de la enfermedad se reducía a los tumores inguinales, decidieron examinar los cadáveres de los fallecidos. Y, después de abrir algunos tumores, descubrieron un tipo extraño de carbunco que se había generado en el interior⁵⁶”.

Las consecuencias letales de la epidemia las transcribe detalladamente la prosa procopiana a continuación, en 2.22.30-34:

“Unos morían de inmediato; otros, después de muchos días. A algunos el cuerpo se les cubría de pústulas negras tan grandes como una lenteja y no sobrevivían ni un solo día⁵⁷, sino que todos morían enseguida. A muchos también les sobrevenía

⁵³ Laín Entralgo, P., *Historia de la Medicina*, p. 149: “En cuanto a la asistencia médica, el esquema ternario que con la profesionalización técnica de la ayuda al enfermo quedó establecido en las *póleis* griegas —medicina para los ricos y poderosos, para las clases medias y para los pobres—, perdura en el Imperio de Bizancio, bien que bajo forma cristiana y bizantina”, siendo evidente que la atención a las clases más desfavorecidas sería en todo caso mínima, añadiendo a continuación las creencias supersticiosas que se mezclaban con la medicina, en p. 150: “A este cuadro sociomédico debe ser añadida la pululación de las curas mágicas y seudoreligiosas; curas a las cuales recurría, por supuesto, toda la sociedad bizantina, pero con la mayor parte de su clientela entre las clases económicas y culturalmente menos favorecidas”.

⁵⁴ Seibel, V., *Die große Pest zur Zeit Justinians. Und die ihr voraus und zur Seite gehenden ungewöhnlichen Natur-Ereignisse*, Dillingen, C. Kranzle, 1857, p. 30, señala como una observación muy acertada la de Procopio al suponer que a los demás enfermos les sucedía lo mismo, pero cuyo padecimiento de un trastorno mental les impedía percibirlo: “Die fortschreitende brandige Entzündung der Bubonen - bemerkt Prokop, sehr richtig - mag wohl auch bei den Kranken der andern beiden Klassen Statt gefunden haben, der Schmerz aber in ihrer gänzlichen Betäubung oder in ihren Fieberdelirien ihnen nicht zum Bewußtsein gekommen sein”.

⁵⁵ Atkinson, J., “The plague of 542: not the birth of the clinic”, p. 5: “The clinical gaze is more directly indicated in Wars 2.22.29, where Procopius says that some of the physicians, who were at a loss because of their lack of understanding of the symptoms, and who thought that the critical point of the disease was centred in the bubonic swellings, decided to engage in post-mortem investigations. When they prized open some of the swellings, they found a strange sort of carbuncle (anthrax) that had grown inside”.

⁵⁶ Bratton, L.L., “The identity and plague of Justinian”, *Transactions and Studies of the College of Physicians of Philadelphia*, 3, 1981, p.120, explica que se trataba de los restos del ganglio linfático inflamado, probablemente oscurecido por las hemorragias producidas por las toxinas, procedente de elevadas concentraciones de bacterias dentro del órgano infectado.

⁵⁷ Atkinson, J., “The plague of 542: not the birth of the clinic”, p. 7, menciona estas erupciones señaladas por Procopio, las pústulas negras, añadiendo que la peste septicémica (también conocida como vesicular o carbuncular) fue seguramente una variante que apareció en 542. Por lo tanto, según el autor, los exámenes post mortem de las hinchazones bubónicas no habrían proporcionado una explicación convincente, debido a las distintas variantes en las que se habría manifestado la peste en Constantinopla.

un vómito espontáneo de sangre que acababa con ellos al momento⁵⁸. Puedo, de verdad, declarar esto: los médicos más reputados predijeron que morirían muchos que, inesperadamente, sanaron poco después y aseguraron que se salvarían muchos que, sin embargo, iban a perecer muy pronto. De tal modo que no había ninguna causa de esta enfermedad que pudiera ser comprendida por el razonamiento humano, pues en todos los casos la recuperación se producía la mayor parte de las veces de una forma impensada. Así, para unos los baños fueron beneficiosos y para otros muy perjudiciales. Muchos que recibían cuidados morían, pero muchos también se salvaban contra toda lógica. Y además, los mismos tratamientos surtían efectos distintos en aquéllos a quienes se los administraba. En resumen, los hombres no descubrieron ningún remedio para salvarse, ni para no sufrir el mal previniéndolo, ni para sobrevivir una vez que los hubiera atacado; al contrario, enfermaban sin ninguna causa justificada y el restablecimiento era igualmente espontáneo”.

La mención que realiza del cuerpo médico no destaca en ningún caso la formación teórica y práctica decisiva para poder contrarrestar la enfermedad, ni la construcción de establecimientos hospitalarios que ayudasen a sobrellevar la terrible epidemia, aunque parte de la doctrina reconozca en Justiniano el impulso fundacional de hospitales universitarios dirigidas a la atención de los enfermos, capacitación profesional de los médicos y la investigación⁵⁹. Con todo, en el año 542⁶⁰, fecha de la letal pandemia, el status de médicos eminentes y su salario ya habían alcanzado niveles exorbitantes que bien podrían haberse traducido en diagnósticos adecuados, aunque no podamos degradar la valía del conocimiento médico de entonces con la capacidad actual para realizar un pronóstico adecuado.

Contraer la enfermedad en un embarazo suponía una situación de máximo riesgo, como resume Procopio en 2.22.35-36:

“Y para las mujeres embarazadas que contraían la enfermedad, la muerte era algo previsible. Pues unas abortaban y morían, y otras, nada más dar a luz, fallecían junto con sus recién nacidos. Sin embargo, cuentan que tres de ellas

⁵⁸ *The Ecclesiastical History of Evagrius Scholasticus*, 4.29.178, p. 231, describe en términos parecidos la sintomatología general de la peste justiniana: “The misfortune was composed of different ailments. For in some it began with the head, making eyes bloodshot and face swollen, went down to the throat, and dispatched the victim from among men. In others a flux of the stomach occurred. While in some buboes swelled up, and thereafter violent fevers; and on the second or third day they died with intellect and bodily constitution the same as those who had suffered nothing. Others became demented and put aside life. And indeed carbuncles sprang up and obliterated men”.

⁵⁹ Miller, T.S., *The Birth of the Hospital in the Byzantine Empire*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985, pp. 208 ss.; Atkinson, J., “The plague of 542: not the birth of the clinic”, pp. 7-8, se muestra escéptico con respecto a la tesis de Miller del protagonismo de Justiniano como precursor de la clínica universitaria: “Furthermore, it was some considerable time before a system was formalised whereby training in theory and a lengthy practical apprenticeship led to final examination and certification... Secondly, as we have seen, physicians learnt little from the plague either about its aetiology or about appropriate treatment. Thirdly, Miller's interpretation of the evidence relating to hospitals in Justinian's reign seems to go beyond what the evidence allows”, concluyendo que sería alentador que la plaga de peste bubónica proporcionara el estímulo necesario a Justiniano para la investigación científica, pero que de acuerdo a las fuentes existentes no se puede afirmar nada al respecto.

⁶⁰ CJ. 1.27.41, da cuenta de la generosa remuneración de los médicos en la nueva prefectura de África: *Pro tempore medicis hominibus quinque annonae xlviiii capita xviii solidi cccxviii. Ita: primo pro annonis xv capitibus vi solidi ic. Secundo pro annonis x capitibus solidi lxx. Reliquis hominibus tribus ad annonas viii et ad capita iis solidi cl.*; Korpela, J., *Das Medizinalpersonal im antiken Rom*, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia, 1987, pp. 147 ss.

sobrevivieron al alumbramiento, a pesar de haber perdido a sus hijos, y que también ocurrió que el niño de una que ya estaba muerta en el momento del parto, nació y quedó con vida”.

Las secuelas consiguientes a la enfermedad también oscilaban, entre las aparentemente inexistentes, a las físicamente evidentes, como el balbuceo continuo e incomprensible al hablar, en Procopio 2.22.37-39:

“Pues bien, en aquellos casos en que el tumor inguinal se inflamaba aumentando de tamaño y supuraba, los pacientes salían de la enfermedad y se restablecían, porque evidentemente la gravedad del carbunco remitía de esa forma y la mayoría de las veces era señal de que se iba a recobrar la salud. Pero cuando el tumor conservaba su primer aspecto, entonces era cuando sobrevenían los procesos malignos que acabo de mencionar. En algunos casos también se desecaba el muslo y, aunque el tumor se inflamara, no había nada de supuración. A otros que sobrevivieron lo que les sucedió fue que la lengua no les quedó ilesa, y siguieron con vida pero balbuceando o hablando con dificultad y de manera ininteligible”.

De acuerdo con este texto, podemos comprobar como los efectos de la enfermedad fueron múltiples, y no solo relacionados con el padecimiento físico de la propia peste, sino con las secuelas visibles que atribuyeron una discapacidad permanente a una parte de los supervivientes, lo que se convirtió en un recuerdo indeleble de la desgracia sufrida.

Por último, creemos necesario traer a colación la tesis que postula la existencia de peste neumónica combinada con la peste bubónica en la pandemia justiniana⁶¹, aunque nosotros ya nos hemos identificado con la prevalencia de la *Yersinia Pestis* en su variante bubónica como el motivo principal de la pandemia mortal⁶².

5. Azote de Constantinopla

La desgracia azotó de forma especial a la capital de Bizancio, Constantinopla, y tanto la duración, alrededor de unos cuatro meses, tres de ellos con especial virulencia⁶³,

⁶¹ Vid. entre otros, como defensores de una alta frecuencia de peste neumónica durante la crisis de la peste justiniana: Dols, M.W., “The Second Plague Pandemic and its Recurrences in the Middle East: 1347–1394”, *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 22, 1979, 169–70; Conrad, L.I., “T.a’ un[–] and Waba: Conceptions of Plague and Pestilence in Early Islam”, *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 25, 1982, p. 294; Sallares, R., “Ecology, Evolution, and Epidemiology of Plague”, p. 244: “Thus, it is arguable that the failure of our non-medical sources for the Justinianic Plague to describe such a progression is simply a reflection of their lack of medical expertise and does not exclude the possibility that the early stages of the Justinianic Plague developed epidemiologically in exactly the same way as the Black Death at Avignon, with a high frequency of pneumonic plague at the beginning, explaining the explosive rapidity of the spread of the disease by direct interpersonal transmission, subsequently giving way to the bubonic form”, afirmando que esta es su verdadera hipótesis.

⁶² Niegan la posible combinación de la peste bubónica y neumónica en la pandemia del año 542: Allen, P., “The ‘Justinianic’ Plague”, pp. 8 ss.; Bratton, T.L., “Identity of the Plague of Justinian Parts I & II.”, *Transactions and Studies of the College of Physicians of Philadelphia*, 5, 3, 1981, pp. 113–24 and 174–80, afirma que precisamente el testimonio de Procopio en el que destaca que los médicos no se infectaban aunque estuviesen cerca de los contagiados, indica que no se trataba de la peste neumónica, entre humanos, sino de la peste bubónica como medio de transmisión principal.

⁶³ Con respecto a la duración exacta, resulta difícil de saber con exactitud, pero hemos optado por la versión proporcionada por Procopio, *Historia de las Guerras*, 23.1-2, debido a su condición de testigo excepcional al haber vivido en primera persona los acontecimientos excepcionales aquí señalados.

como el número incesante de fallecidos por la pandemia, cambiaron la percepción de la capital, Constantinopla, que pasó de su ejemplaridad como modelo urbanístico, cultural, creadora unívoca de la excelencia académica y profesional en el ámbito del derecho, e impulsora de la ciencia, a convertirse en un escenario de horror y paisaje de muerte que inspiraba la huida inmediata de cuantos ciudadanos se lo pudieran permitir⁶⁴.

La asolación inerte cotidiana, el incremento diario del número de fallecidos, el olor pestilente a muerte y podredumbre a lo largo de toda la ciudad, y el confinamiento de los miles de afectados por la pandemia, casi condenados a muerte por no poder abarcar la atención médica tal número de afectados, transformó la urbe cosmopolita y espléndida en un espectral recorrido mortuorio que hacía palidecer a quién permanecía presumiblemente inmune a la epidemia. Y el que tenía la fortuna de no padecer el terrible mal, se vio convertido en el nuevo objetivo de la peste cuando la segunda oleada mortal hizo su aparición tiempo después del primer brote fatal⁶⁵. Los sucesivos flujos infecciosos debieron infundir pánico y desconfianza entre la población, que no veía la forma de terminar definitivamente con la bacteria, temiendo que la incapacidad humana para erradicar la epidemia transformase a la peste en una enfermedad endémica del lugar⁶⁶.

De la asolación gradual, del efecto devastador y de la total falta de previsión, unido a la ausencia de medios necesarios para atender una catástrofe humana como la que se vivió en Constantinopla, nos informa Procopio en su *Historia de las Guerras*, 23.2.5:

“Al principio morían en número un poco mayor que el de costumbre, después las pérdidas fueron elevándose progresivamente, para luego alcanzar una cantidad de cinco mil víctimas al día, hasta llegar a diez mil o incluso más. Así pues, primero, cada cual se ocupaba de enterrar a los fallecidos de su propia casa, a los que venían a arrojar en tumbas ajenas, o a escondidas o utilizando la violencia⁶⁷.”

Con todo, no está de más traer a colación la referencia de Malalas contenida en su Crónica, en la traducción inglesa de Jeffreys, E., Jeffreys, M., Scott, R., *The Chronicle of John Malalas*, Melbourne, Australian Association for Byzantine Studies, 1986, p. 286-287: “The Lord God saw that man’s transgressions had multiplied and he caused the overthrow of man on the earth, leading to his destruction in all cities and lands... God’s compassion lasted at Byzantion for two months”; resulta también interesante la indicación suministrada por Morony, M.G., “For Whom Does the Writer Write?”, en *Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, p. 62: “Whenever it began, according to Michael the Syrian’s account from John of Ephesus (Chronique de Michel le Syrien, 2:240, 4:307) the scourge of the plague ... lasted for three whole years”, en el sentido de que las distintas oleadas de la pandemia cubrieron un total de tres años de la historia de Constantinopla.

⁶⁴ Biraben, J-N., “Essai sur les réactions des sociétés éprouvées par de grands fléaux épidémiques”, *Maladie et société XIIIe–XVIIIe siècles*, Paris, N. Bulst and R. Delort, 1989, p. 372, explica las tres principales reacciones psicológicas de una sociedad frente a una situación de peligro: la huida, la agresión y la proyección. Sin duda, las dos primeras se pudieron apreciar en los efectos devastadores de la oleada de la peste, pero sin embargo, no hay rastro alguno de la enfermedad en ninguna obra posterior de arte bizantina, ni en la literatura, ni en la arquitectura, es como si se hubiera obliterado cualquier recuerdo de la catástrofe mortal, quizás como ejemplo de la resiliencia bizantina.

⁶⁵ La segunda oleada mortal estuvo en Constantinopla desde febrero a julio del año 558, de acuerdo con el testimonio de Agatías, *Historiae* 5.10; Malalas, Jeffreys, E., Jeffreys, M., Scott, R., *The Chronicle of John Malalas, Chronographia*, 18.120, pp. 296-297: “In the month of february of the 6th indiction deaths occurred in Constantinople from bubonic plague. During this terror the guilds all made silver biers. This tremendous threat from God lasted for six months.

⁶⁶ Evagrio 4.29, no distingue entre oleadas sucesivas de la epidemia, sino de una duración ininterrumpida de la peste desde el año 542 hasta el 590 en el que realiza su obra.

⁶⁷ Tucídides, 2.52, relata la plaga de Atenas del 430 a.C., conectando la violencia de la enfermedad con la propia de la guerra del Peloponeso iniciada en el año 431 a.C., sin olvidar que su

Posteriormente, la confusión fue total en todos los aspectos. Y es que hubo esclavos que se quedaron sin dueños, y hombres que en el pasado eran muy ricos se vieron privados de la asistencia de sus siervos domésticos, por estar enfermos o haber muerto; y muchas casas quedaron totalmente deshabitadas. De ahí que, en razón de esta misma escasez de seres humanos, también sucedió que algunas personas ilustres permanecieron insepultas durante muchos días”.

Ante tal avalancha de muertos y la incapacidad de gestionar los traslados de los cuerpos exánimes así como los entierros de los ciudadanos con criterios de normalidad, siendo consciente que no se trataba tan sólo de un problema médico sino de una emergencia multidisciplinar que requería una coordinación singular⁶⁸, Justiniano decidió nombrar comisionado de emergencia a Teodoro⁶⁹, oficial al frente del despacho de consultas imperiales⁷⁰, que notificaba al emperador las peticiones que hacían los demandantes y, a su vez, les comunicaba a éstos la voluntad de aquél. El referendario firmaba los despachos después de haberlo hecho el emperador, por lo que de su mismo nombre podemos colegir que fue el antecesor del referendo actual de los actos del Rey reconocido en los artículos 56.3 y 64 de la Constitución española, así como el referendo ejercido por determinados funcionarios públicos en el ejercicio de sus atribuciones en derecho actual.

Teodoro era miembro de la administración imperial⁷¹, *referendarius*⁷², uno de los secretarios personales de emperador⁷³, con experiencia previa de gestor diligente⁷⁴, lo

descripción detallada y cuidadosa de la sintomatología de la enfermedad (se cree fiebre tifoidea, pero se trata de un debate doctrinal que aún hoy suscita polémica) influyó directamente en la prosa de Procopio, desvinculado de la influencia de poderes mágicos y supersticiones a la hora de describir la peste bubónica en Constantinopla; vid. Rechenauer, G., “Polis nosousa: Politics and Disease in Thucydides-the Case of the Plague”, *Thucydides-a violent teacher?*, (G. Rechenauer, P. Vassiliki, eds.), Göttingen, 2011, p. 243, en la que afirma que Tucídides describe el proceso por el cual la violencia social y política del poder ateniense en declive socava la razón, con la peste como catalizador que aceleró el proceso.

⁶⁸ Atkinson, J., *The plague of 542: not the birth of the clinic*, p. 12: “However, in 542 the crisis in Constantinople was not limited to purely medical issues, and Justinian naturally looked elsewhere for someone to manage and coordinate the relief measures”.

⁶⁹ *PLRE*, 3, p.1248, s.v. *Theodorus*.

⁷⁰ Kirsch, J.P., *Catholic Encyclopedia*, 12, New York, Encyclopedia Press, 1913, s.v. *referendarii*: “... existed at the Byzantine Court. They were officials who reported to the emperor on the memorials of petitioners, and conveyed to the judges the orders of the emperor in connexion with such memorials”.

⁷¹ Evans, J.A.S., *The Age of Justinian: The Circumstances of Imperial Power*, London, Routledge, 2000, p. 163: “Justinian... turned to Theodore, one of the legal secretaries (*referendarii*) who served as his channel of communication, and mandated him to get rid of the bodies”.

⁷² En las Novelas de Justiniano, en concreto en la *Nov. 10*, se relacionaban ya con anterioridad los *referendarii* al servicio del emperador, *de referendarii palatii*, (AD 535) en *Cuerpo del Derecho Civil Romano, Tercera parte, Novelas*, trad. esp. García del Corral, Barcelona, reimp. ed. Lex Nova, 1898, p. 69, en la cual, a continuación del Prefacio: *Cum aliis omnibus, quae in ordinem perduximus competentem, neque ea quae de spectabilibus nostris referendariis sunt foras relinquere existimavimus a nostra providentia, et tanto magis, quanto nobis utiliores constituti sunt. Primum quidem eos non in multitudine constitutos nos, utpote multos per eos adiuvemus singulorum facile petitiones discentes, plures esse quam dudum fecimus*, afirma que, como consecuencia de la petición de ese cargo honorable por medio de reclamaciones desmesuradas, se había llegado al número de catorce referendarios, algo que debía solucionarse para poder llegar a un número equilibrado de secretarios de palacio. Después de la motivación considerada, estimaba ocho como la proporción más justa para poder desempeñar su cargo de la forma más útil y adecuada.

⁷³ Cfr. Bury, J.B., *History of the Later Roman Empire. From the Death of Theodosius I to the death of Justinian*, p. 65.

que le convirtió en la persona idónea para el cargo, al que Justiniano asignó personal de palacio y sumas de dinero para poder desempeñar correctamente su cometido.

La presencia de cadáveres en las calles suponía una degradación ambiental, social y moral que debía suprimirse a toda costa, por lo que la obligación primordial de Teodoro consistía en transportar a un lugar adecuado todos los muertos por la epidemia mortal, y llevar a cabo el entierro de las víctimas de la epidemia⁷⁵.

Procopio, después de señalar la diferencia entre clases sociales, que suponía que los más afortunados que aún gozaban de servicio doméstico les ordenaban enterrar a sus muertos, mientras que los pertenecientes a las clases más desfavorecidas no podían atender debidamente a sus familiares, describe someramente el ingente trabajo para poder sepultar a miles de muertos que ya no cabían en los espacios reservados como cementerios, en 23.8.11:

“Teodoro, por su parte, con la entrega de dinero del tesoro imperial e incluso gastando de su propio bolsillo⁷⁶, sepultaba los cuerpos de los desatendidos. Y cuando ya se llegó al extremo de que todas las tumbas que antes había estaban llenas de cadáveres, cavaron, uno tras otro, todos los rincones de la ciudad y allí colocaban a los que iban muriendo, como cada cual podía, y luego se alejaban. Pero, a la postre, los que estaban cavando ya no podían dar abasto a la gran cantidad de fallecidos, de modo que subieron a las torres del recinto amurallado de Sicas⁷⁷, y allí, después de haber derribado sus techos, se pusieron a arrojar los cuerpos desordenadamente y a amontonarlos de cualquier manera; y cuando las torres estuvieron, por así decirlo, llenas de cadáveres, las cubrieron de nuevo con los techos. Y a partir de entonces corría hasta la ciudad un aire pestilente que

⁷⁴ *Chronicle of Pseudo-Dionysius of Tell Mahre, Part III*, traducción, notas e introducción de W. Wittakowski, Liverpool, Liverpool University Press, 1996, p. 91: “... who was also zealous in good deeds...”; el relato de Juan de Éfeso aquí recogido adolece de falta de ecuanimidad, de objetividad, en contraposición con la descripción realizada por Procopio, más objetiva, como hemos dicho imbuida por el espíritu Tucídideo anclado en la sofística ateniense, es decir, más preocupado por la historia política y humana, alejado de toda influencia divina y de la historia legendaria; vid. Cohn, S.K., *Epidemics: Hate and Compassion from the Plague of Athens to AIDS*, Oxford, Oxford University Press, 2018, p. 43, n. 58: “Even when departing from stories of demons and prophecies, his stories appear far-fetched”.

⁷⁵ Procopio, *Historia de las Guerras*, 23.6; Stathakopoulos, D., *Crime and Punishment, in Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, p. 111, da cuenta de los problemas prácticos derivados de la pestilencia y podredumbre de los muertos en la calle, sin nadie que los recogiera durante días, y de la reacción de Justiniano para organizar la inhumación de los mismos.

⁷⁶ No coincide la generosidad extrema de Teodoro, destacada aquí por Procopio, con el relato de Juan de Éfeso (vid. sobre la autoría de Juan de Éfeso contenida en esta obra: Nau, F., “Analyse de la seconde partie inédite de l'histoire ecclésiastique de Jean d'Asie, patriarche jacobite de Constantinople (585)”, *Revue de l'orient Chrétien* 2, 1897, pp. 479 ss.) contenido en la *Chronicle of Pseudo-Dionysius of Tell Mahre, Part III*, cit., p. 91, en donde destaca la puesta a disposición, por parte del emperador Justiniano, de todo el oro necesario para que Teodoro pudiese gestionar correctamente los incontables enterramientos: “... and gave him instructions to take and spend as much gold as should be necessary for supervising these matters...”.

⁷⁷ Morony, M.G., *For Whom Does the Writer Write?, Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, pp. 74-75: “At that point, the Emperor Justinian intervened ordering 600 stretchers to be made and appointing his *referendarius*, Theodore, to take as much gold as necessary and hire people to dig large pits in which to pile the bodies. He was ordered also to fill any grave he could find no matter who owned it. Theodore crossed the Golden Horn to *Sycae* (Galata) and brought many people from a mountain overlooking the city to whom he offered much gold”, añadiendo en nota 117 que aunque Procopio también describe esta situación, como acabamos de ver, se indique que Teodoro fue a *Sycae*, donde sepultó bajo las torres de las fortificaciones los muertos por la pandemia.

atormentaba aún más a sus habitantes, sobre todo cuando lo traía el viento al soplar desde allí”.

Desde luego, la solución elegida no parece la más conveniente, puesto que desde el punto de vista medioambiental tuvo que ser realmente insalubre el olor a muerte aireado de forma continua por el viento, cuyo eco pestilente recordaba incesantemente a la población los efectos de la indeseable enfermedad. Con todo, la atmósfera mefítica e irrespirable ya era conocida desde antiguo por los romanos, cuya polución del aire, denominada *gravioris caeli, infamis aer*, se refería, respectivamente, a un cielo pesado y al aire infame, que afectaba principalmente a las ciudades⁷⁸. Evidentemente la contaminación provocada por la descomposición de los fallecidos por la peste era diferente a la contaminación del aire hasta entonces conocida, era mucho peor y representaba en aquellos meses el funesto recordatorio continuo de la desgracia latente.

Del mismo modo, y ante la elevada cifra de decesos, se optó por no permitir la habitual celebración de los rituales previstos en los funerales bizantinos, como nos explica Procopio⁷⁹:

“En aquellas fechas quedaron arrumbados todos los ritos funerarios⁸⁰. En efecto, los difuntos no eran llevados a enterrar con su cortejo, como de costumbre, ni con la música fúnebre que era habitual, sino que bastaba con que uno portara en hombros al muerto hasta llegar a la zona costera de la ciudad donde lo arrojaba, para que, después de amontonarlos en barcas, se los llevaran a cualquier sitio que se les ocurriera. También entonces los que antes habían sido partidarios de las facciones dejaron a un lado su mutuo rencor y se ocuparon, en común, de los piadosos deberes para con los muertos: ellos en persona portaban los cadáveres de quienes no eran allegados suyos y los enterraban”.

El propio emperador cayó enfermo de peste bubónica⁸¹, llegando a tener tumores inguinales⁸², síntoma evidente de la enfermedad, pero a pesar de haber estado muy grave⁸³, pudo superar el grave trance⁸⁴, y seguir gobernando durante varios años hasta su muerte⁸⁵.

⁷⁸ Borsos, E., Makra, L., Bécsi, R., Vitányi, B., Szentpéter, M., “Anthropogenic Air Pollution in Ancient Times”, *Acta climatologica et chorologica*, 36-37, 2003, p. 6: “In the ancient times air pollution had substantial consequences only in cities. In the early towns, as in some recent settlements, penetrating stink might have frequently been felt, source of which was tainted meat, rotten foods and excrement”; Bravo Bosch, M.J., “La protección del medio ambiente en la antigua Roma”, *Index : quaderni camerti di studi romanistici, international survey of roman law*, 42, 2014, pp. 490-514.

⁷⁹ Procopio, *Historia de las Guerras*, 23.12-14.

⁸⁰ Vid. sobre los ritos funerarios bizantinos, McCormack, S.G., *Art and Ceremony in Late Antiquity*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, 1981, pp. 32 ss.; Sodini, J-P., “La contribution de l’archéologie à la connaissance du monde byzantin (IVe-VIIe siècles)”, *Dumbarton Oaks Papers*, 47, 1993, p.155, en donde explica que las tumbas más estudiadas son las que encierran entierros privilegiados, mientras que la investigación sobre los ritos está menos desarrollada, en lo que se refiere a las libaciones, depósito de ofrendas, óbolos y demás honras fúnebres.

⁸¹ Bury, J.B., *History of the Later Roman Empire. From the Death of Theodosius I to the death of Justinian*, p. 66, afirma que durante la enfermedad de Justiniano la corte de Justiniano tuvo que adaptar el protocolo imperial: “No one was to be seen in official dress”.

⁸² Procopio, *Historia secreta*, 4.1.20.

⁸³ Procopio, *Historia secreta*, 4.1: “Ocurrió que el propio emperador Justiniano enfermó gravemente, de forma que se decía incluso que había muerto”.

⁸⁴ Meier, M., *Justinian. Herrschaft, Reich und Religion*, München, Verlag C.H. Beck, 2004, p. 84: “Doch der kaiser erholte sich wieder”, después de la recuperación del emperador, la plaga disminuyó

Justiniano nació el 11 de mayo del año 483, por lo que tenía 59 años cuando la peste asoló su reino y sufrió el letal contagio, indicándonos que se encontraba en la edad madura, que abarca convencionalmente de los 40 a los 60 años de edad, aproximadamente. Si pensamos además en la esperanza de vida de la antigüedad tardía en Bizancio, nos daremos cuenta de la singular fortaleza del emperador al haber superado una dolencia que prueba el carácter igualitario del vector de la enfermedad, ya que no había remedio alguno independientemente de la clase social a la que se perteneciese, al margen de los cuidados médicos especialmente dispensados en la corte imperial⁸⁶.

Desde un punto de vista científico, la peste bubónica produjo un escaso beneficio en el ámbito de la medicina. Sin embargo, obligó a Justiniano a remodelar la atención médica en el Imperio romano de Oriente y a promover la atención médica profesional y primaria. La epidemia cambió para siempre la geografía urbana, económica y religiosa, obligando a cambiar las costumbres ancestrales para adaptarse a los nuevos peligros subyacentes en la sociedad⁸⁷.

Por otro lado, durante el período de convalecencia y recuperación del emperador, la regencia fue ejercida por su esposa Teodora, situación excepcional en Bizancio debido al sistema político de absoluto heteropatriarcado impuesto en el orden imperial. El período de ejercicio del poder por parte de Teodora, y el hecho de su condición de mujer, sirvió de argumento para la crítica, ya de por sí habitualmente exacerbada de Procopio con respecto a la supuesta tiranía de la pareja imperial⁸⁸, más

gradualmente aunque ya no era posible regresar a la vida cotidiana de siempre. Todo había cambiado demasiado debido a las catástrofes del 540-542. El optimismo del emperador había dado paso a la amarga comprensión de que Dios no solo lo bendecía con dones, y la población no sabía cómo interpretar el desastre. Las catástrofes obviamente no anunciaron el fin del mundo, porque esto no sucedió, pero tuvieron una total efectividad. De este modo, los súbditos de Justiniano empezaron a creer que ya no les podía ayudar, puesto que él mismo había sido golpeado por la enfermedad, llegando a pensar: “Zürnte Gott also dem Kaiser?, que Dios podría haberse alejado del emperador, sentimiento sin duda más desalentador que ningún otro, en una sociedad tan religiosa como la bizantina de la época justiniana.

⁸⁵ Sodini, J-P., “Rites funéraires et tombeaux impériaux à Byzance”, *La mort du souverain entre Antiquité et haut Moyen Age*, (B. Boissavit-Camus, F. Chausson, H. Inglebert, eds.), Paris, Picard, 2003, p. 171, en donde explica cómo fue embalsamado Justiniano, de acuerdo con el rito practicado en época bizantina; Puech, V., *Funérailles de Justinien et avènement de Justin II selon Corippe: la cohérence d’une cérémonie palatiale, Rituels et cérémonies de cour, de l’Empire romain à l’âge baroque*, (D. Carrangeot, Laurieux, B., Puech, V., ed.), Villeneuve d’Ascq, Presses universitaires du Septentrion, 2018, p. 80: “Les funérailles de Justinien répondent d’abord à un modèle ixé lors de la mort de Constantin. Le corps de Justinien est exposé sur une civière dorée, il est paré du diadème et couché dans un vêtement de pourpre...”.

⁸⁶ Rosen, W., *El fin del Imperio Romano. La primera gran peste de la era global*, pp. 243-244: “En tiempos de Justiniano, la profesión médica era tan jerárquica como la iglesia católica. En el rango superior estaban los médicos de la corte imperial, casi siempre aristócratas, *comités* o condes. Por debajo de ellos, los médicos públicos de imperio, cuyos servicios públicos pagaban sus respectivas ciudades, entre los cuales los que gozaban de mayor prestigio eran los de Roma. Su historia se remontaba a principios del siglo V y estaban obligados por ley a ‘atender honestamente a los pobres, en lugar de servir vilmente a los ricos’. En el escalafón más bajo, tanto respecto de su status como de sus ingresos, se hallaban los profesionales privados de la medicina”.

⁸⁷ Cfr. Atkinson, J., *The plague of 542: not the birth of the clinic*, p. 18, en donde concluye que los citados cambios “retarding centripetal forces and strengthening local community centres”.

⁸⁸ El rumor de que Justiniano había muerto se dice que llegó hasta el campamento de los generales del emperador, y que hicieron una serie de comentarios negativos, afirmando que si los romanos les imponían como emperador a otra persona como Justiniano nunca regresarían, como destaca

bien fruto de su descontento personal que por evidencias explícitas que apoyen su crítica distorsionada de la realidad.

Con respecto a un decreto imponiendo una cuarentena obligatoria⁸⁹, no podemos corroborar la veracidad de tal medida, sugerida y atribuida a la calidad legisladora de Justiniano⁹⁰, si bien es cierto que la gente permanecía en sus casas, creyendo que en tal medida residía la salvación, en la ignorancia de que la epidemia no se propagaba por contagio directo. Habida cuenta de la magna obra jurídica del emperador, conocida como *Corpus Iuris Civilis*, y utilizada aún hoy en día de forma multidisciplinar y ejemplar, nos parece cuando menos extraño el hecho de que regulase el aislamiento preventivo en el domicilio y no se conozca el contenido exacto de la citada legislación, lo que nos lleva a desconfiar de la existencia de dicha regulación.

De lo que no cabe duda es que las calles estaban desoladas, y la falta de actividad industrial condujo a la escasez de alimentos básicos que provocaron una situación de carestía general, miseria y hambre⁹¹. De este modo, la ciudad antaño cosmopolita, modelo de negocios jurídico-mercantiles, de planeamiento urbanístico sostenible y magníficamente adaptado al entorno, con una belleza arquitectónica singular y monumental, y llena de espacios públicos que reflejaban los diferentes intereses ciudadanos, se convirtió en una urbe desierta, cuyo modelo territorial estaba plagado de

Procopio, *Historia secreta*, 4.3-8: “Poco después, como el emperador se hallase convaleciente, sucedió que los comandantes del ejército romano empezaron a calumniarse unos a otros... La emperatriz Teodora, llena de ira, lo acusó de haber dicho estas cosas contra ella. Convocando pues enseguida a todos a Bizancio, después de hacer unas pesquisas sobre este rumor”, encerró al militar Buzes en una cámara subterránea. Del mismo modo, aunque no se pudo probar ninguna acusación contra Belisario, parece que el emperador le quitó el mando, a petición de la emperatriz, dejando clara la influencia perniciosa de Teodora sobre el emperador Justiniano; vid. Parnell, D.A., *Justinian's Men: Careers and Relationships of Byzantine Army Officers, 518-610*, London, Macmillan Publishers Ltd., 2017, p. 95: “It is important to emphasize that dismissal from one office, even dismissal in disgrace because of plotting or attempted usurpation, rarely meant the end of a general's career”, aunque reconozca en nota 74 que a Buzes y a Belisario los relevaron de sus cargos “after they insulted Justinian”.

⁸⁹ Clemow, F.G., “The Origin Of Quarantine”, *The British Medical Journal*, 1, 3550, 1929, p. 122: “It has, however, been asserted by at least one writer that a detention of forty days was first adopted during the great plague epidemic of the latter half of the sixth century, and that herein lies the true origin of the measure and of the word. The statement to this effect is so categorical, and, could it be confirmed, this early origin of a true " quarantine " would be of such interest and importance, that it has seemed worth while to follow the matter up and endeavour to search out the original authorities for the assertion”, concluyendo que tal esfuerzo no ha conducido a conocer al autor de tal afirmación con respecto a la regulación de la cuarentena en época justiniana; Drews, K., “A Brief History of Quarantine”, *The Virginia Tech Undergraduate Historical Review* 2, 2013, p. 6: “Justinian's discriminatory laws created a sort of quarantine, though he had no knowledge of what caused the disease to spread”; de acuerdo con esto, Justiniano habría llevado a cabo una legislación discriminatoria, creando una suerte de cuarentena, contra los colectivos de judíos, samaritanos, paganos, herejes, arrianos y homosexuales, por considerarlos responsables de la pandemia. Nosotros creemos que no es así, ya que la legislación religiosa o contra determinadas minorías fue una constante durante todo el reinado del emperador.

⁹⁰ Fernández De Buján, A., *Historia del derecho romano*, 2ª ed., Cizur Menor, Aranzadi S.A., 2018, pp. 138 ss., analiza la compilación justiniana, ejemplo de perfección y unidad legislativa en el ámbito del derecho romano.

⁹¹ Procopio, *Historia de las Guerras*, 23.18-19: “Cesaron todas las actividades y los artesanos abandonaron todas sus ocupaciones y los demás trabajos que cada cual tenía entre manos. Y, así, en una ciudad sencillamente sobrada de toda clase de buenos productos, el hambre retozaba a rienda suelta. Por supuesto, tener bastante pan o cualquier otro alimento parecía una cosa difícil y extraordinaria, de tal manera que en el caso de algunos enfermos el trágico desenlace de su vida fue, manifiestamente, prematuro, debido a la falta de artículos de primera necesidad”.

luto, muerte, enfermedad y hambre que provocaba la huida de quién osaba contemplarla.

6. Estadística de decesos

Por lo que respecta a la cifra total de fallecidos, el cómputo de los mismos no parece tarea fácil. La demografía histórica es una ciencia imprecisa, y conocer el porcentaje total de fallecidos en relación con el censo vigente en aquel momento en Constantinopla puede resultar un trabajo complicado y falto de la necesaria veracidad.

A mayor abundamiento, resulta acertado suponer que al margen de la población bizantina censada correctamente en Constantinopla, habría una cantidad no desdeñable de residentes no censados en la populosa y cosmopolita capital, por cuestiones relacionados con la diplomacia eclesiástica o civil, o viajes comerciales con motivo de negocios, por lo que la cantidad de fallecidos seguramente superase las cifras manejadas oficiosamente.

Por estos motivos, y en ausencia de estadísticas oficiales, seguramente conocidas en el palacio imperial pero necesariamente ocultas para evitar las críticas ante la gestión de la epidemia de peste mortal, y también para no proveer de datos demográficos a las huestes enemigas, fruto de los numerosos frentes bélicos dirigidos para engrandecer el Imperio, debemos realizar una estimación razonable de la tasa de mortalidad bizantina de acuerdo con las fuentes multidisciplinarias sincrónicas que aporten cierta credibilidad, pero con la máxima precaución⁹².

Para poder cuantificar el total de fallecidos debemos partir del cómputo diario de decesos, cifra que puede orientarnos a la hora de establecer la media de muertos final. Es evidente que en un primer momento el número de contagiados era menor y los decesos irían en la misma línea, pero las cifras ofrecidas por Procopio sitúan el punto álgido de la enfermedad, el momento más crítico de la epidemia con mayor número de fallecidos, en unos 10.000 ciudadanos diarios:

“Al principio morían en número un poco mayor que el de costumbre, después las pérdidas fueron elevándose progresivamente, para luego alcanzar una cantidad de cinco mil víctimas al día, hasta llegar a diez mil o incluso más”⁹³.

Juan de Éfeso proporciona unas cifras más elevadas, hablando de una mortalidad siempre en aumento que pudo incluso llegar a 16.000 muertos en un solo día⁹⁴, contados

⁹² Stathakopoulos, D., *Crime and Punishment*, en *Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, p.114: “The number of victims recorded by various sources is to be viewed with extreme caution. We are inclined to be skeptical about such figures, and our disbelief rises with the rising number of victims. It is highly unlikely that contemporary societies had the means to count the dead amidst such widespread crises. Furthermore, as any trustworthy information on the population levels of these cities at any period within our chronological frame is lacking, we are unable to draw any reliable conclusions”, ya que a pesar de la retórica exagerada proporcionada por las fuentes, el contexto claro que transmiten es el de un declive demográfico provocado por la peste, sin poder ser más explícitos con respecto a la enumeración concreta de decesos.

⁹³ Procopio, *Historia de las Guerras*, 23.2-3.

⁹⁴ *Chronicle of Pseudo-Dionysius of Tell Mahre, Part III*, pp. 86-87: “When thus the scourge weighed heavy upon this city, first it eagerly began (to assault) the class of the poor, who lay in the

escrupulosamente porque como se trataba del inicio de la pandemia, aún se podían enumerar. Con el transcurso de los días la ingente cantidad de fallecidos hizo imposible el recuento, por lo que cuando se llegó a la cantidad de 230.000 muertos, los cuerpos se siguieron recogiendo de las calles de Constantinopla, pero sin recuento alguno. Da cuenta de la terrible cifra de fallecidos el hecho mismo de no tener tiempo ni para anotar los decesos ni los cuerpos recogidos, teniendo como única misión los encargados del trabajo funerario la extracción y conducción de los cuerpos a los cementerios provisionalmente establecidos.

Sin querer entrar en una guerra de cifras, la gestión del número de decesos no figura en ningún archivo imperial, seguramente para evitar el terror de una población que se veía brutalmente diezmada día a día, unido al hecho de que la demografía bizantina justiniana no parece ser uno de los puntos fuertes de la administración imperial. Con todo, podemos realizar una estimación probable, y la cifra que parece más uniforme con respecto a los muertos por la pandemia es la que apuesta por el fallecimiento de la mitad de la población residente en Constantinopla, por lo que sí el censo tenía alrededor de 400.000 ciudadanos permanentes⁹⁵, serían alrededor de 200.00 habitantes los que perecieron como consecuencia de la peste bubónica que arrasó la ciudad⁹⁶.

El balance total es catastrófico, ya que diezmar de tal forma a la población quedando solamente vivos la mitad de los habitantes de Constantinopla, nos pone en situación de las letales consecuencias posteriores a la epidemia: Falta de mano de obra, sujetos convalecientes e incapacitados para trabajar, secuelas físicas y psicológicas en buena parte de los supervivientes, desesperación ante el luto e incertidumbre ante el futuro, así como desconfianza frente al prójimo que podía de nuevo contagiar la enfermedad, además del temor a ser invadidos por un ejército enemigo que aprovecharse la inmediata vulnerabilidad.

Resulta exagerado pensar que la peste se cebó con los mejores, dejando vivos a los peores, a pesar de que Procopio resalte este dato con cierto cinismo en su

streets. It happened that 5000 and 7000, or even 12.000 and as many as 16.000 of them departed (this world) in a single day- Since thus far it was (only) the beginning, men were standing by the harbours, at the crossroads, and at the gates counting (the dead). Thus having perished they were shrouded with great diligence and buried; they departed (this life) being clothed and followed (to the grave) by everybody... Those who counted, having reached the number of 230000 and seeing that (the dead) were innumerable, gave up (reckoning) and from then on (the corpses) were brought out without being counted”.

⁹⁵ Allen, P., *The "Justinianic" Plague*, p. 10: “It is difficult to arrive at even an approximate figure for the overall mortality rate of the 542 plague because of the lack of demographical data. Even for Constantinople, a city about which we are relatively well informed, it is dangerous to draw conclusions. In itself, the population of Constantinople is a contentious issue, but it would seem reasonable to take 400,000 as a ceiling for permanent residents in 542”.

⁹⁶ Stein, E., *Histoire du Bas-Empire II*, (J.-R. Paianque, ed.), Paris-Brussels-Amsterdam, Desclée de Brower, 1949, p. 759: “A Constantinople la peste du 542 aurait emporté plus de trois cent mille personnes, soit deux habitants sur quatre ou cinq, pendant trois mois plusieurs milliers par jour”; en la p. 842 realiza un cálculo aproximado de población que redondea en la cifra de 571.429 en el año 542; Jacoby, D., “La population de Constantinople à l’époque byzantine : un problème de démographie urbaine”, *Byzantion* 3 1, 1961, pp. 81-109, propone un máximo de 375.000 habitantes en el 542; Pérez Martín, I., “La geografía erudita de Constantinopla”, *Elogio de Constantinopla*, (M. Cortés Arrese, coord.), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, p. 52: “Constantinopla, que antes de la peste de 542, durante el reinado de Justiniano, tenía quizá medio millón de habitantes...”.

testimonio⁹⁷, quizás para introducir una sutil indirecta a Justiniano, el emperador superviviente de la epidemia:

“Es más, incluso aquéllos que con anterioridad disfrutaban entregándose a acciones viles y perversas, éstos desterraron de su vida diaria todo delito para practicar escrupulosamente la piedad, y no por haber aprendido de súbito lo que era la decencia ni por haberse vuelto unos repentinos amantes de la virtud (porque todo lo que en los hombres está fijado por naturaleza o por una enseñanza muy prolongada en el tiempo es imposible que sea tan fácil de cambiar, a no ser que los inspire la bondad de Dios), sino porque en aquel entonces todos, por así decirlo, estaban espantados de lo que sucedía, convencidos de que iban a morir de un momento a otro, y era, lógicamente, una imperiosa necesidad la que los llevaba a aprender en el instante lo que era honradez. Lo cierto fue que, en cuanto se vieron libres de la enfermedad y sospecharon que ya estaban salvados y seguros, porque el mal se había trasladado a otros pueblos, se produjo de nuevo en ellos una inmediata mudanza de su voluntad hacia lo peor y, aún más que antes, dieron muestra de lo voluble de su comportamiento, superándose a sí mismos en maldad y en cualquier otra clase de delito. Y es que uno podría asegurar, sin decir ninguna mentira, que esta enfermedad, por azar o por algún tipo de providencia, escogió para sí con todo esmero a los más perversos y los dejó libres. Pero esto sólo quedó demostrado algún tiempo después”.

7. Consecuencias: hambruna, inflación y más muerte

Los efectos inmediatos de la pandemia fueron la hambruna y la inflación. En una economía eminentemente agrícola, la elevada mortalidad conllevó la inestimable pérdida de la necesaria mano de obra para producir y recoger los víveres necesarios para amortiguar los efectos de la peste, mientras un gran número de supervivientes luchaban aún en su propia convalecencia contra las secuelas de la mortal enfermedad.

De este modo, el esfuerzo físico imprescindible para el trabajo en el campo se vio desprovisto de los recursos cotidianamente útiles y necesarios, los propietarios de las tierras se veían desbordados frente al desabastecimiento de la mano de obra, ahora mucho más exigente con respecto a su salario⁹⁸, y a las exacciones fiscales que continuaban vigentes⁹⁹, lo que provocó la ruina de muchos de ellos y el abandono del trabajo agrícola, convergiendo en una crisis económica profunda y duradera.

⁹⁷ Procopio, *Historia de las Guerras*, 23.14-16.

⁹⁸ Los jornaleros y asalariados varios, sabiendo de la escasez de trabajadores útiles, exigían un salario más elevado, así como unos alquileres más bajos; vid. al respecto, Sarris, P., *Economy and Society in the Age of Justinian*, New York, Cambridge University Press, 2006, p. 224.

⁹⁹ Procopio, *Historia secreta*, 23.20-22, p. 295, afirma en relación con Justiniano y los propietarios de tierras: “Pero su desgracia no acabó ahí, sino que cuando la peste afectó a todo el mundo habitado, y no menos al imperio romano, haciendo desaparecer a la mayoría de los campesinos y quedando en consecuencia, como es lógico, desiertas las tierras, no tuvo conmiseración alguna con los propietarios de éstas, pues ni aun así dejaba de recaudar el impuesto anual y no sólo de acuerdo con lo que le tocaba a cada uno, sino incluso también la parte de los vecinos fallecidos. A todas las otras desgracias que, como acabo de mencionar, recaían siempre sobre los que tenían la desdicha de poseer tierras, se añadió además el que debían atender a los soldados que se hospedaban en las mejores y más valiosas habitaciones de sus casas, mientras ellos, durante todo este tiempo, residían en casuchas humildes y abandonadas”; bien es cierto que sabemos de su inquina personal contra Justiniano, y ese rencor bien pudiera imprimir un carácter subjetivo y falto de veracidad a sus conclusiones, pero la

A mayor abundamiento, el aprovisionamiento intermitente que abastecía de víveres a la población, diezmada, convaleciente y sin claras expectativas de mejora en su deplorable situación, provocó una sensación de hambruna permanente, con escasez continua de comida, especialmente en la capital, Constantinopla.

Para poder contrarrestar los efectos pandémicos de la epidemia, el emperador resolvió emprender acciones legales en favor del regreso a la normalidad, pero sus medidas no tuvieron el eco esperado, ni en la economía, ni en la población destinataria de las mismas. Aunque parecía resuelto a restablecer el equilibrio destruido por la epidemia mortal, a pesar de la incertidumbre sobre posibles retornos cíclicos de la muerte bacteriana, la burocracia excesiva, el caos post-pandemia y su propia inexperiencia en la gestión de una crisis de esas características muestran una legislación pacata en contraste con la brillantez esperada de un legislador del nivel de Justiniano.

Así, frente a una subida de precios desmesurada y sin control que surgió nada más terminar la peste, el emperador decidió actuar frente a la excesiva inflación, y en su deseo obsesivo de revertir la especulación y la realidad inflacionista entró en acción con nuevas propuestas legislativas que calmasen el mercado bizantino, que por lo menos gozaron de cierto éxito¹⁰⁰.

Con todo, no consta documentalmente la eficacia de estas disposiciones, a pesar de que la declaración de intenciones por parte de Justiniano fuera positiva y buenista, en el sentido de querer corregir los desmanes de los especuladores del Imperio, como dispuso en la Novela 122 del año 544¹⁰¹:

“Hemos sabido, que, después del castigo dado conforme a la clemencia del señor Dios, los que se dedican a negociaciones y artificios, y los artifices de

historiografía antigua y reciente coincide en una visión impositiva fiscal exagerada por parte de Justiniano a sus súbditos del Imperio.

¹⁰⁰ Stein, E., *Histoire du Bas-Empire II*, p. 761: “Nous ne savons pas dans quelle mesure elle a été observée, mais il semble bien que les prix baissèrent par la suite, car rien n'indique que la puissance d'achat de la monnaie byzantine ait été considérablement amoindrie à partir du règne de Justinien; Allen, P., *The "Justinianic" Plague*, p. 16: “Justinian's legislation of price control in 544 seems to have been successful”.

¹⁰¹ *Novella CXXII, Edictum Pientissimi domini nostri Iustiniani de Descriptione Artificum*, en *Cuerpo del Derecho Civil Romano, Tercera parte, Novelas*, cit., p. 419-420: *Praefatio. Cognovimus post castigationem quae secundum domini dei clementiam contigit eos qui negotiationes et artificia exercent et diversarum artium opifices et agricultores nec non nautas, cum potius meliores fieri deberent, avaritiae se dedisse, et duplicia atque triplicia pretia mercedesque contra veterem consuetudinem exigere. I. Placuit igitur nobis per sacrum edictum omnibus eiusmodi avaritiam interdicere, neve ullus in posterum negotiator aut agricola aut artifex ex quacumque arte vel negotiatione vel agricultura maiora quam secundum veterem consuetudinem pretia mercedesve exigere. Iubemus autem eos quoque qui aedificiorum et agrorum colendorum aliorumque operum mensuras faciunt nihil amplius operariis imputare, sed ipsis quoque antiquam consuetudinem servare. Atque haec eos quoque observare iubemus, qui qualiacumque opera imperant vel etiam species quasdam redimunt : quibus ne ipsis quidem ut plus quam more constitutum est praestare liceat permittimus. Sciant autem qui quicquam amplius quam vetus consuetudo fert exigunt, se triplicem quantitatem fisco inferre coactum iri, si contra id quod ab initio constitutum erat eos accepisse vel dedisse appareat. Epilogus. Haec autem examinari atque vindicari iubemus et a tua sublimitate et a gloriosissimo praefecto huius felicitis urbis. Per vos enim ab iis qui hanc nostram constitutionem violaturi sint multam definitam exigi eosque poenis subici volumus ; cum officiis quae vobis apparent quinque librarum auri poena immineat, si quid eorum quae a nobis constituta sunt neglectum fuerit. Dat. x. k. Apr. CP. <imp.> dn. Iustiniani pp. Aug. anno XVII. post cons. Basilii vc. anno III.*

diverso género, los agricultores y también los marinos, cuando más deberían mejorarse, se han entregado a la avaricia¹⁰², y exigen contra la antigua costumbre dobles y triples precios y retribuciones.

Capítulo 1. Así, pues, nos ha parecido bien prohibirles a todos por un sacro edicto tal avaricia, para que en lo sucesivo ningún negociante, o agricultor, o artífice de cualquier arte, exija precios o retribuciones mayores que los de antigua costumbre. Y mandamos, que los medidores de edificios, y de tierra labrantía y de otras obras no atribuyan a los operarios ninguna cosa más, sino que les conserven la antigua costumbre. Pero mandamos que esto lo observen también los que dan en arrendamiento cualesquiera trabajos, o los que se encargan de algunos. Porque no permitimos que sea lícito darles más de lo que está establecido por las costumbres. Más sepan los que exigen alguna cosa más de lo que consiente la antigua costumbre, que habrá de suceder que serán obligados a pagarle al fisco triple cantidad¹⁰³, si apareciera que ellos dieron o recibieron más de lo que desde un principio se hallare establecido”.

Esta disposición supuso la abrogación de los privilegios que permitían a las corporaciones profesionales fijar los precios sin intervención del Estado¹⁰⁴, los monopolios¹⁰⁵, ahora suprimidos por la intervención del emperador, asumiendo el control de los precios bajo condena para los infractores, con el afán de imprimir un mayor dinamismo y movimiento a la economía bizantina.

Con todo, la realidad se impone siempre, y en este caso concreto pretender corregir la inflación imponiendo severas medidas al sector privado pero aumentando la carga impositiva a los terratenientes, de forma desproporcionada en una situación de calamidad indefinida, no parece la mejor solución, por mucho que la muerte de muchos de los propietarios de tierras supusieran un descenso brutal en la recaudación total del Estado. No parece lo más sensato incrementar la presión contributiva sobre los terratenientes vivos para suplir los fallecimientos, ya que tal presión desemboca siempre en un capital exiguo que no sirve para compensar las pérdidas imprevistas.

Además, las continuas campañas bélicas protegiendo o ampliando las fronteras, ya habían dejado exhaustos a los conciudadanos, especialmente del rural, enrolados sin límite en las sucesivas llamadas a la defensa del *limes* imperial¹⁰⁶. Y de ningún modo se

¹⁰² Stein, E., *Histoire du Bas-Empire II*, p. 760, en donde cree que al contrario de la opinión de Justiniano con respecto a la avaricia de comerciantes, artesanos, obreros, agricultores y marinos, le parece natural el hecho de que la mano de obra del tipo que sea, quisiera cobrar más dinero que antes, por las dificultades posteriores a la epidemia con las que se encontraban en su trabajo diario.

¹⁰³ Procopio, *Historia Secreta*, 26.19, p. 313: “En primer lugar, tal como se ha dicho, después de poner bajo su control todas las tiendas y establecer los llamados monopolios para las mercancías de primera necesidad, consiguió que todos los hombres le pagaran precios más de tres veces superiores”.

¹⁰⁴ Mickwitz, G., “Die Kartellfunktionen der Zünfte”, *Soc. Scient. Fennica, Commentat. Human. Litt.* VIII, 3, Helsingfors, 1936, p. 204.

¹⁰⁵ Procopio, *Historia secreta*, 20.5-6: “A continuación, después de constituir un gran número de los llamados monopolios, vendió el bienestar de sus súbditos a los que pensaban obtener ganancias con estas prácticas infames y él, una vez cobrado un precio a cambio de esta acción, se desentendía de ello y permitía a los que habían establecido el acuerdo con él que administrasen el negocio a su antojo”.

¹⁰⁶ Jones, A.H.M., *The Later Roman Empire 284-602. A Social Economic and Administrative Survey*, 1, Oxford, Basil Blackwell, 1964, p. 298, en donde señala que no resulta fácil hacer un balance del reinado de Justiniano. Si bien incrementó las fronteras de su imperio, su política bélica agresiva y excesivamente larga, llegando a durar alguna de las campañas veinte años, dejó exhausta en varias ocasiones la organización social y económica en aras de la necesidad, lo que no ayuda, a falta de una

podía completar esta tarea legal inexcusable incrementando al mismo tiempo los salarios de los administradores públicos en el ámbito civil¹⁰⁷, como hizo el emperador, aunque fuera buscando el apoyo explícito de los burócratas a su cargo, puesto que las diferencias abismales entre los distintos estamentos de población inducían al desánimo, la desidia, y la ruptura con cualquier tipo de colaboración estatal, incluyendo el reclutamiento en defensa del imperio¹⁰⁸.

Como consecuencia, la legislación impuesta, en principio asumida como norma favorable para impulsar la economía, no produjo el efecto esperado, aunque evidentemente supuso un bálsamo para la caótica e inflacionista situación, manteniendo desigualdades sociales cada vez mayores y alimentando el descontento generalizado que contribuyó al colapso de las arcas bizantinas¹⁰⁹, pero sin que haya llegado a nosotros noticia de una revolución popular interna que osase responder a la autoridad humana y divina reconocida en la figura del emperador, sino la póstuma crítica negativa con respecto a su legado¹¹⁰.

estadística posible y clara que permita observar la compensación de pérdidas y ganancias, a colegir los beneficios de su imperio.

¹⁰⁷ Vasiliev, A.A., *A History of the Byzantine Empire* 2ª ed., Madison, University of Wisconsin Press, 1958, p. 161; Atkinson, J.E., “Justinian and the tribulations of transformation”, *Acta Classica*, 43, 2000, p. 31: “But if this was anything more than an emergency measure, and his aim was to curb inflation, he himself worked against it by raising the salaries of administrators in the civil service, and by introducing new taxes”.

¹⁰⁸ A tal efecto, el emperador tuvo que publicar una nueva constitución, la *Novella CXVI, Constitución CIX, Ut neque miles neque foederatus observet domui privatae aut possessioni alicuius*. (AD 542), en *Cuerpo del Derecho Civil Romano, Tercera parte, Novelas*, cit., p. 392, en cuyo prefacio ya prohíbe Justiniano el sustraer a militares de cualquier cuerpo para tenerlos en otra casa o cualquier tipo de propiedad: <Praefatio> *Cum domini dei benivolentia ad custodiam nostrorum subiectorum militarium rerum incipit ordinatio: his enim providentia dei dispositis barbarorum quidem incontinentia refrenatur, reipublicae vero res augentur. Et quoniam aliqui propriae salutis pro nihilo facientes rationem milites et foederatos, qui debent pro libertate reipublicae contra inimicos certare, praesumunt subtrahere et in privatas suas occupare utilitates, praevideamus per praesentem nostram legem omnibus interdicere, ut nullum de cetero praesumant militem in quocumque relatum numero aut foederatum subtrahere in sua domo aut in proprias habere possessiones: pro quibus nos multos sustinemus labores; exercentur enim et militant, ut communibus utiles sint rebus;* a continuación, el capítulo I contiene las penas a las que se condenaba al que tuviese a militares en sus propiedades, desde la confiscación de bienes de quién ocultaba al militar hasta el suplicio reservado al mismo, que además era expulsado de su milicia con deshonor; Teall, J.L., *The barbarians in Justinian's armies*, *Speculum* 40, 1965, p. 307, pone de relieve los distintos factores que afectaron a los miembros del ejército justiniano: “Conspiracy, jealousy, warfare in East and West, administrative collapse, plague, high prices, shortages, and death : certainly the armies of 540-549 had sufficient reason to fight with less éclat than their predecessors”; Fotiou, A., “Recruitment shortages in sixth-century byzantium”, *Byzantion*, 58, 1, 1988, p. 65 ss., en donde analiza la Novela 116, y las sanciones previstas por Justiniano contra quienes contratasen a soldados en establecimientos privados, intentando evitar el abandono del servicio militar, ahora oficio de desdoro, debido a las largas y continuas guerras y a los desastres naturales, hasta la propia peste que diezmó especialmente las fuerzas militares al servicio del Imperio.

¹⁰⁹ Stein, E., *Histoire du Bas-Empire II*, p. 420 ss. en donde destaca que Anastasio I, emperador de Bizancio en la etapa anterior a Justino y Justiniano, había logrado acrecentar el tesoro imperial en oro hasta una cantidad jamás pensada, dejando las arcas de Bizancio en una situación de total bonanza económica, que sin embargo fue dilapidada por sus sucesores, sobre todo por Justiniano.

¹¹⁰ Allen, P., *The "Justinianic" Plague*, p. 20: “A final note: the fact that the worst outbreak of the plague, in 542, and at least five return visits took place in the reign of Justinian no doubt contributed to the universally unfavourable posthumous reputation of the emperor”.

8. Final de la epidemia

El 23 de marzo del año 544 el emperador Justiniano, “después del castigo infringido conforme a la clemencia de Dios”, tal y como se recoge en el prefacio de la disposición legislativa en la que condenaba la especulación surgida después de la epidemia¹¹¹, declaró el fin de la pandemia¹¹².

A partir de ese momento, se evitó plasmar cualquier recuerdo de la enfermedad sufrida, y la resiliencia vital de la ciudadanía optó por la obliteración premeditada de cualquier infausto recuerdo. El orden establecido y la publicidad imperial dirigieron sus esfuerzos a impulsar la recuperación de la capital del Imperio, Constantinopla, practicando la *damnatio memoriae*, el olvido premeditado de aquella calamidad infame que había recorrido mortalmente el territorio bizantino¹¹³, convirtiendo lo sucedido en un arcano.

Consiguieron su objetivo a largo plazo, ya que aunque se trató de la primera epidemia de peste bubónica acaecida en Europa¹¹⁴, la más recordada será la posterior, conocida como la peste negra de la década de 1340¹¹⁵, sin duda trágica y propagada exponencialmente, pero similar en el fondo y la forma de la primera pandemia.

¹¹¹ *Novella CXXII, Edictum Pientissimi domini nostri Iustiniani de Descriptione Artificum*, en *Cuerpo del Derecho Civil Romano, Tercera parte, Novelas*, p. 419: *Praefatio. Cognovimus post castigationem quae secundum domini dei clementiam...* Queda claro aquí como el deseo de Justiniano se resume en el olvido total de la epidemia sufrida y las muertes que asolaron su imperio, puesto que no dedicó ninguna constitución de forma concreta al análisis de la pandemia, sino únicamente una frase al comienzo de una nueva norma dirigida a frenar la especulación que amenazaba la frágil economía bizantina.

¹¹² Stathakopoulos, D., *Crime and Punishment*, p. 102: “This was the first and best-documented wave of the Justinianic Plague”.

¹¹³ Parece ser la tónica común el olvido premeditado de los episodios truculentos de la historia, ya que nuestro subconsciente tiende a borrar los recuerdos más dolorosos, como podemos observar en la ausencia de noticias con respecto a la peste negra en España por parte de la historiografía de la época, como señala Castán Lanaspá, G., “La construcción de la idea de la peste negra (1348-1350) como catástrofe demográfica en la historiografía española”, *Estudios Históricos y Geográficos*, 173, 2020, pp. 33-34: “El ms.1.234 de la BN, del siglo XVI, recoge una *Copilación de los Reyes de Castilla e de León desde el año de la hera de César de setecientos e zinquenta e dos fasta el rey Don Enrique fijo del rey Don Juan*, en la que su autor, coetáneo de Enrique III, transmite (págs.75 y ss.) la idea de que la despoblación y el abandono de tierras proceden de la emigración que causa la intensa e injusta presión fiscal, sin mencionar la peste, como parecería normal”, añadiendo que las obras del siglo XV no recogen la idea de una epidemia general, obviando la existencia de la peste, salvo para comentarios puntuales.

¹¹⁴ Evans, J.A.S., *The Age of Justinian: The Circumstances of Imperial Power*, p. 162: “This was the first great pandemic of bubonic plague to affect Europe”.

¹¹⁵ Sirva como ejemplo de la ingente bibliografía: Sobrequés I Callicó, J., “La Peste Negra en la Península Ibérica”, *Anuario de estudios medievales*, 7, 1970-1971, pp. 67-102; Ubieta Arteta, A., “Cronología del desarrollo de la Peste Negra en la Península Ibérica”, *Cuadernos de Historia*, 5, Madrid, 1975, p. 47-66; Horrox, R., *The Black Death, Manchester Medieval Sources Series*, New York, Manchester University Press, 1994, pp. 14 ss.; PLATT, C., *King Death: The Black Death and Its Aftermath in Late-Medieval England*, London, UCL Press, 1996, pp. 177 ss.; Benedictow, O.J., *The Black Death. 1346-1353. The Complete History*, Woodbridge, The Boydell Press, 2004, en donde concreta la cronología de la propagación a partir de la p. 94; Ruiz De Loizaga, S., *La peste en los reinos peninsulares*, Bilbao, Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia 2009, pp. 21 ss.; Byrne, J.P., *Encyclopedia of Black Death*, pp. 42 y ss., en la que data la peste negra entre 1347 y 1352, situando el origen en algún lugar entre China y la Península de Crimea, hasta llegar a Europa a través de Mesina, Italia, a finales de 1347, continuando su letal viaje hacia el norte. Si bien es cierto que la población se

Sin embargo, la censura efectuada consiguió el éxito en el largo plazo, ya que el recuerdo para la inmediata posteridad ofrecido por la historiografía contemporánea a Justiniano está lleno de connotaciones negativas y juicios despreciativos con respecto al papel desempeñado por el emperador durante la trágica epidemia, hasta el punto de conseguir que el calamitoso episodio se rememore como “la peste de Justiniano”¹¹⁶. A pesar de los rebrotes cíclicos que se produjeron posteriormente¹¹⁷, ya en ausencia de Justiniano, naturalmente fallecido, su nombre quedó asociado *in aeternum* al mortal y trágico suceso, como si el vil creador de la pandemia hubiera sido el propio emperador.

9. Conclusiones

La peste acaecida en el año 542 en Constantinopla nos ha servido como ejemplo para poner en evidencia las carencias del régimen justiniano para hacer frente a la bacteria mortal que diezmó la población bizantina de una ciudad cosmopolita y llena de vida que se convirtió en un paisaje desolado de muerte, hambre y dolor.

A mayor abundamiento, nuestra conciencia histórica nos permite ver las abismales diferencias entre la ciencia y la sociedad del siglo VI y el ordenamiento científico y social del mundo presente. Pero si confrontamos la pandemia actual con la bizantina no saldremos mejor parados del cotejo realizado, aún más, la falta de previsión, la ausencia de medios materiales para hacer frente a una pandemia conocida y anunciada meses antes por su presencia oriental, la desprotección de los sanitarios ante la catástrofe, y el desconocimiento más básico del itinerario imprescindible para poder superar esta crisis temporal, demuestran que el avance jurídico, social, sanitario y sobre todo político en gestión de emergencias ha resultado cuando menos controvertido y debe ser sometido a una profunda revisión.

No sirve insistir en el mantra de lo inesperado en lo que se refiere al nuevo virus, por cuanto la pandemia bizantina sí fue del todo imprevista en su advenimiento mortal, y al margen de las excusas innecesarias, la gestión del COVID-19 va camino de convertirse en el mayor fracaso de políticas científicas de nuestra generación. Se dieron por ciertas probabilidades que luego no se dieron en la realidad, minimizando los

redujo a la mitad en ambas epidemias, el ámbito geográfico de la peste negra supuso una expansión territorial brutal en la que pereció una cifra impensable de la humanidad existente, como señala el autor en p. 45: “The estimates of percentages and numbers who died between 1347 and 1352 have been rising over the past decades... In 1969, Philip Ziegler accepted an average toll in Europe of about 33 percent, with an upward limit of 45 percent. Thirty-five years later, Benedictow, a historical demographer, presented a gross European population of around 80.000.000, and a death toll of about 60 percent overall in Europe, which is a total of about 48.000.000 dead. To this would be added the toll in the Muslim world: should it be any smaller in proportion? Even if the total figure were the well-worn 25.000.000 dead, the impact is absolutely staggering”-.

¹¹⁶ Horden, P., *Mediterranean Plague in the Age of Justinian*, p. 134, afirma que aunque rara vez la figura de Justiniano despierta su simpatía, denominar a la pandemia con el nombre del emperador es injusto, puesto que se trató de un fenómeno global que no se podía circunscribir al ámbito exclusivamente bizantino; el propio Evagrio, 4.29, superviviente de niño a la epidemia, consideraba que se trataba de un episodio a nivel global, que superaba con mucho los límites de Bizancio.

¹¹⁷ Bury, J.B., *History of the Later Roman Empire. From the Death of Theodosius I to the death of Justinian*, p. 66, explica como la segunda oleada de la peste llegó en la primavera del año 558, “But evidently much less virulent and destructive. It was noticed in the case of this visitation that females suffered less than males”, inmunidad mayormente femenina de la que no tenemos noticia en la pandemia del 542.

riesgos a pesar de que la mortal experiencia asiática podía guiarnos en la senda de la precaución y de la prevención sanitaria para estar preparados para lo peor. Pero no sucedió así, y el confinamiento o cuarentena impuesta obligatoriamente se convirtió en el mágico remedio contra el virus letal, algo que sinceramente dudamos que sea el definitivo remedio.

En el Estado de bienestar perennemente publicitado, en el que se supone que los servicios de salud, entre otros, están garantizados para todas las personas por igual, hemos fracasado estrepitosamente, y me refiero concretamente a la atención sanitaria prestada al colectivo de personas de mayor edad.

El trato dispensado a las personas mayores ha sido deleznable, culpable, e incluso tal vez punible. Ni siquiera en la peste acaecida en Constantinopla el colectivo de personas mayores sufrió un ataque de esas características, ni la historiografía nos ha dejado una crónica de maltrato semejante¹¹⁸. Bien es cierto que las clases más pudientes pudieron escapar o buscar los mejores cuidados médicos, como por otro lado ha sucedido en todas las sociedades siempre invariablemente, pero el desprecio a todo un segmento de la población única y exclusivamente en razón de su edad sólo lo hemos visto en la pandemia del COVID-19, y especialmente implantado en España.

Un triaje médico, escandaloso moral y éticamente, e incluso dudoso desde el punto de vista legal, que elige tratar antes a personas que por su edad tienen más posibilidades de superar el virus mortal cuando existen ejemplos de ancianos que lo han superado sin problemas, resulta repulsivo, atenta contra la condición humana, y denigra la dignidad y el juramento hipocrático realizado por el conjunto de la academia de la medicina. Y con respecto al criterio de la utilidad económica de los recursos médicos utilizados también resulta despreciable, y falso, por cuanto ese sector de la población habrá pagado a lo largo de su vida la cantidad suficiente de medios materiales médicos, como respiradores, antibióticos, y demás instrumentación necesaria para que sea tratado en régimen de igualdad.

Una sociedad silente que acepta la probable muerte de los que parecen más débiles a la hora de afrontar una determinada afección es una sociedad alienada, sumisa, programada, dirigida, manipulada, enferma, sin ninguna escala de valores que evidentemente debe corregir su rumbo con celeridad si no quiere perecer ella misma como forma de organización, derivando en una absoluta barbarie.

Nuestra generalización, con todo, permite el reconocimiento de múltiples y encomiables excepciones humanas desde todos los aspectos de gestión del virus, pero la visión general debe dar cuenta del impacto colectivo, y ese no ha sido otro hasta el momento que la asunción del desahucio de los enfermos de la tercera edad como algo inevitable, máxima deleznable que no compartimos ni compartiremos jamás.

La necesaria conclusión se traduce en la firme convicción de que no hemos aprendido nada de la historia. Solo esperamos que las próximas generaciones, cuando

¹¹⁸ Debemos recordar que el emperador Justiniano, como acabamos de ver, tenía 59 años cuando contrajo la enfermedad, lo que le convierte en un sujeto perteneciente al segmento de personas de edad madura. Si nos retrotraemos a la esperanza de vida de aquella época, Justiniano sería considerado hoy en día sujeto perteneciente al colectivo de mayores, y por lo tanto susceptible de ser desahuciado sanitariamente por cuestión de edad.

emitan su juicio de valor, recuerden con manifiesto desdén, horror y desprecio la dejadez evidente en la gestión global de la epidemia de Covid-19 en lo que se refiere a la protección del colectivo de personas de mayor edad.

Selección bibliográfica

- Bibel, D.J., Chen, T.H., “Diagnosis of Plague: An Analysis of the Yersin-Kitasato”, *Controversy, Bacteriological reviews*, 40, 3, 1976.
- Blanc, G., “Une opinion non conformiste sur la mode de transmission de la peste”, *Rev. Hyg. Med. Soc.* 4, 1956.
- Bury, J.B., *The History of the Later Roman Empire. From the Death of Theodosius I to the Death of Justinian*, London, 1923.
- Chan-Yeung, M.M.W., “The “Great Dying”: Bubonic Plague”, *A Medical History of Hong Kong*, Hong Kong, 2018.
- Douglas, A.E., “Dating Our Prehistoric Ruins: How Growth Rings in Timbers Aid in Establishing the Relative Ages in Ruined Pueblos of the Southwest”, *Natural History* 21, 2, 1921, *passim*; Baillie, M., *A Slice Through Time, Dendrochronology and Precision Dating*, London, 1995.
- Harbeck, M., Seifert, L., Hänsch, S., Wagner, D.M., Birdsell, D., Parise, K.L., Wiechmann, I., Grupe, G., Thomas, A., Keim, P., Zöller, L., Bramanti, B., Riehm, J.M., Scholz, H.C., “Yersinia pestis DNA from Skeletal Remains from the 6th Century AD Reveals Insights into Justinianic Plague”, *PLoS Pathogens* 9, 5, 2013.
- Herrin, J., *Bizancio. El imperio que hizo posible la Europa moderna*, Barcelona, 2009.
- Horden, P., “Mediterranean Plague in the Age of Justinian”, *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge University Press 2006.
- Keys, D., *Catastrophe: An Investigation into the Origins of Modern Civilization*, New York, 2000.
- Kislinger, E., Stathakopoulos, D., “Pest und Perser kriege bei Prokop: chronologische Überlegungen zum Geschehen 540-545”, *Byzantion* 69, 1999.
- Kitasato, S., “The bacillus of bubonic plague”, *The Lancet* 144, 1894.
- Laín Entralgo, P., *Historia de la Medicina*, Barcelona, 1978.
- Procopio, *Historia de las Guerras*, 2.3-4, Madrid, 2015.
- Rosen, W., *El fin del Imperio Romano. La primera gran peste de la era global*, trad. esp. Barcelona, 2008.
- Scott, S., Duncan, C.J., *Biology of Plagues: Evidence from Historical Populations*, Cambridge, 2004.
- Stanley, J-D., Bernasconi, M.P., Jorstad, T.F., “Pelusium, an Ancient Port Fortress on Egypt’s Nile Delta Coast: Its Evolving Environmental Setting from Foundation to Demise”, *Journal of Coastal Research*, 24, 2, 2008.
- Stothers, R.B., “Volcanic Dry Fogs, Climate Cooling and Plague Pandemics in Europe and the Middle East”, *Climatic Change*, 42, 4, 1999.
- Tsiamis, C., Poulakou-Rebelakou, E., Androutsos, G., “The Role of the Egyptian Sea and Land Routes in the Justinian Plague: the Case of Pelusium”, *Medicine and Healing in the Ancient Mediterranean World*, D. Michaelides (ed.), Oxford, 2014.
- Wozniak, T., *Naturereignisse im frühem Mittelalter*, Berlin-Boston, 2020.
- Yersin, A., “La peste bubonique à Hong Kong”, *Ann. Inst. Pasteur* 8, 1894.
- Zakrzewski, S., Shortland, A., Rowland, J., *Science in the Study of Ancient Egypt*, New York, 2016.